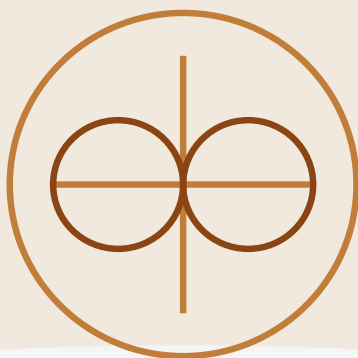




El Amor es mucho más que el amor

Textos del P. Henri Caffarel

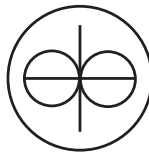
Tema de Estudio 2025-2026

Equipo Responsable Internacional

Equipos de Nuestra Señora

Índice

Tema de estudio 2025-26	pág. 05
Introducción	pág. 07
Capítulo 1: El amor es mucho más que el amor	pág. 11
Capítulo 2 : La comunicación	pág. 21
Capítulo 3, Incompletitud y gratuidad	pág. 30
Capítulo 4: Vocación del amor	pág. 40
Capítulo 5 : Curar el amor	pág. 49
Capítulo 6: Cultivar el amor conyugal	pág. 60
Capítulo 7: La comunión conyugal	pág. 70
Capítulo 8: El testimonio de la vida de pareja	pág. 79
9. Balance	pág. 89
Anexo	pág. 93
Magníficat	pág. 95



TEMA DE ESTUDIO 2025-26

“El amor es mucho más que el amor”

Textos del P. Henri Caffarel

ERI
Febrero 2025

Introducción

El Equipo Responsable Internacional propone a todos los Equipos del mundo para el segundo año del periodo 2024-2030 un tema de estudio que está basado en textos esenciales del P.Henri Caffarel. Unos escritos fundamentales sobre el amor humano y el matrimonio que publicó en forma de artículos en la revista *L'Anneau d'Or* y en conferencias, y que a su vez fueron compilados en una antología sobre el amor y el sacramento en el libro titulado *El matrimonio, aventura de santidad*.¹

Nos encontramos ante la inmensa oportunidad de ir a las raíces del pensamiento profundo que revolucionó el concepto y el ideal del sacramento del matrimonio en la Iglesia y que hoy sigue más vivo que nunca. Los miembros de los equipos no nos podemos contentar con volver a leer algunas frases o párrafos aislados de su contexto y que suponen extractos que recortamos a nuestro antojo. Si queremos ser fieles a nuestra vocación de matrimonios cristianos, debemos estar bien formados y poder dar razón de la riqueza de nuestro sacramento. Podemos confundirnos y pensar que este tema lo hemos tratado muchas veces en la historia de los equipos. Pero os aseguramos que trabajar todo un año con estos textos nos va a situar en la raíz más honda de nuestra vocación conyugal. Y que a su vez nos permitirá incidir en la orientación de este segundo año: **Llamados a vivir en comunión con nuestro cónyuge**. Una vida con una plena comunión conyugal nos fortalece para nuestra misión como matrimonio cristiano en el mundo que nos rodea, nos sentimos más sólidos como matrimonio para ser signo de la presencia de Dios en un mundo que tiene necesidad de nosotros.

Os invitamos a acoger con absoluto respeto y admiración estos textos que son adecuados para todos, desde los jóvenes recién casados a los que ya cuentan con un largo recorrido de vida matrimonial. Igualmente ayudará a los consiliarios y acompañantes espirituales a adentrarse en el corazón mismo del matrimonio. Debemos ser conscientes del lenguaje de la época en la que escribió el P. Caffarel, que no se puede traicionar, de su estilo con referencias constantes a la literatura francesa, que puede exigirnos un esfuerzo suplementario en nuestra lectura. Es cierto, que no va a permitir una mirada rápida de último momento,

¹ Henri CAFFAREL, *El matrimonio, aventura de santidad*, PPC, Madrid, 2022

| *El amor es mucho más que el amor*

pero no es menos cierto, que sería un auténtico desperdicio, no realizar un estudio pausado del tema, de saborearlo, de rumiarlo, de atesorarlo.

Se han seleccionado solo algunos capítulos del libro que a su vez han sido subdivididos para adaptarlos al formato de tema de un tema de estudio. La mayor parte de los textos se han conservado en su integridad, si se ha recortado algún trozo, se indica con el grafismo (...). También se han respetado algunos neologismos que le gustaba inventar al P. Caffarel a partir de palabras ya existentes con la intención de expresar mejor su pensamiento como “incompletitud”; estos neologismos están indicados con comillas.

Cada capítulo se completa con una serie de propuestas para la sentada, a la que se va a dar una cierta prioridad en este año, a partir de unas pistas y propuestas de preguntas, y con unas propuestas para la reunión de equipo. Estos materiales no proceden de textos del P. Caffarel como explicaremos a continuación, pero son una auténtica carga de profundidad, que nos van a requerir un esfuerzo de honestidad y verdad sobre nuestra vida de pareja.

El padre Caffarel, «profeta del matrimonio», realmente puede ayudarnos, en este año 2025-26, a renovar nuestro «sí», a comprender mejor los resortes del amor humano iluminado por nuestro Señor Jesucristo, al tiempo que nos puede otorgar nuevas gracias para nuestro sacramento del matrimonio. Haciendo esto, como escribía el P. Caffarel el estudio de este tema nos ayudará también a crecer en nuestro amor a Dios.

ESTRUCTURA DEL TEMA DE ESTUDIO Y ORGANIZACIÓN DE LOS CAPÍTULOS

Los tres primeros capítulos de este tema de estudio forman un bloque que se corresponde con el capítulo titulado *El amor es mucho más que el amor*. Se trata a su vez de un texto publicado bajo este mismo título en la revista *L'Anneau d'Or* en mayo-junio de 1964, en un número especial que contenía 8 artículos del Padre Caffarel. El texto original partió de una conferencia pronunciada delante de catequistas, laicos, religiosos que formaban y acompañaban a los catecúmenos de la diócesis de París.

En el primer capítulo se presentan los apartados de la felicidad y la mirada de amor. El segundo capítulo se corresponde con el apartado de la comunicación. El tercero se corresponde con los otros apartados y aborda lo que el P. Caffarel llama la “incompletitud”, palabra que designa la unión de dos seres incompletos que se necesitan y la gratuidad.

El cuarto se corresponde con varias epígrafes de un capítulo del libro titulado *La Vocación del Amor*, que fue publicado en la revista de l'Anneau d'Or en julio de 1945, bajo el título *El Misterio del Amor*.

El quinto capítulo se corresponde con varios apartados dedicados a unas propuestas de orden general para ayudar a no resignarse al alejamiento entre los esposos incluidos en el capítulo titulado *A los hogares que sufren*. Fue publicado en la revista *L'Anneau d'Or* en mayo-agosto de 1947, con el título *Amor y sufrimiento*.

Los capítulos sexto y séptimo se corresponden con el texto del libro titulado *El hogar y el mandamiento de Cristo*, divididos en dos partes: *Cultivar el amor conyugal* y *La comunión conyugal*. Este texto fue publicado en la revista *L'Anneau d'Or* bajo el título *Matrimonio, camino hacia Dios, en mayo-junio 1964*

El último capítulo: *El testimonio de la pareja*, se corresponde con la parte final de una conferencia titulada “*Frente al ateísmo*” y pronunciada por el P. Caffarel el 5 de mayo de 1970 después del discurso de Pablo VI.

Al final de cada capítulo hay un pequeño resumen con los contenidos esenciales y básicos, en el epígrafe titulado: En pocas palabras

| ***El amor es mucho más que el amor***

Cada capítulo se completa con unas pistas previas para preparar la sentada, compuestas por un texto introductorio y unas preguntas. Los textos introductorios proceden del libro ***L'amour conjugal, chemin vers Dieu***, (El amor conyugal, camino hacia Dios) escrito por un grupo de matrimonios que constituyeron el Taller del Matrimonio en 2015. Las pistas de los 7 primeros capítulos han sido extraídas del capítulo 2 correspondiente a la ***Antropología de la pareja*** y las del tema 8 corresponden a dos párrafos de los capítulos 5 y 6 titulados: ***Moral y ética en la vida conyugal, familiar y social, y el Lugar y papel de la pareja en la vida del equipo, de la familia, de la sociedad y de la iglesia***. Por último, se proponen una serie de preguntas para preparar la sentada, que no es necesario sean respondidas en su totalidad, unas propuestas para la reunión de equipo, un fragmento de la Palabra de Dios que puede orientar nuestra oración y unas preguntas para compartir en la reunión. Del mismo modo, el equipo es libre de decidir cuáles van a compartir y si quieren compartir alguna de las que se han tratado en la sentada, podría ser durante la participación o en el momento del intercambio sobre el tema.

Capítulo 1

El amor es mucho más que el amor

El amor verdadero, lejos de encarcelar los corazones, los libera y los dilata extraordinariamente. Y más aún: los novios y los jóvenes casados experimentan una especie de estado de gracia, o por lo menos de apertura a la gracia. Esto es así, porque el amor de pareja puede acercarnos a la vida con Cristo, ya que *“Dios es amor”*.² (...)

La experiencia del amor abarca muchos aspectos. Hay que descomponerla en sus elementos esenciales, que un poco arbitrariamente reduzco a cinco: **la felicidad, la mirada de amor, la comunicación, la “incompletitud”, la gratuidad.**³

Al analizar cada uno de estos elementos de la experiencia amorosa, veremos cómo todos ellos están orientados hacia el mundo de la gracia.

La felicidad

El sentimiento de felicidad es la primera experiencia de aquellos que han encontrado el amor. Una felicidad nueva, penetrante, embriagadora. Una felicidad desconocida hasta entonces: *¡Es verdad que soy dichosa. Me duermo en la alegría, y me despierto y me vuelvo a dormir en la alegría. Ojalá alcance la plenitud de la alegría. Para poder ofrecerla a aquel a quien amo siempre, más y más.*⁴ Estas palabras de la joven Violaine podrían atribuirse a todos aquellos que han descubierto el amor.

Y escuchamos a los enamorados hablar de “salvación”. Sí, comprenden de repente que estaban hechos para la felicidad que se les acaba de conceder. Se sienten liberados de la tristeza, del mal, es decir “salvados”. Salvados del absurdo, de una existencia desprovista de significado. A partir de ese momento, descubren que su vocación es el amor.

Otra felicidad

Dios, sin duda, querría que cada ser humano, a lo largo de su vida, pudiera experimentar la felicidad. Porque a Dios le importa que el hombre anhele la felicidad, y no solo que la anhele, sino que por haberla experimentado, la crea posible. Y por tanto, que la desee,

² Anneau d'Or (AO) n°117-118, Le mariage route vers Dieu, mayo-agosto 1964, pp. 182-200. Conferencia pronunciada delante de varios centenares de catequistas y de religiosos para la formación de catecúmenos en la diócesis de París.

³ En este capítulo veremos la Felicidad y la mirada del amor. En los siguientes, los otros temas.

| ***El amor es mucho más que el amor***

que la persiga. Dios lo quiere, no solo porque creer en la felicidad contribuye decisivamente a la salud del cuerpo y del alma, (perderla es casi como morir), sino, sobre todo, porque esa felicidad orienta al hombre hacia Él.

Puede suceder que un no creyente encuentre la felicidad en el amor y comience a comprender el sentido de la palabra paraíso, que anteriormente le causaba una media sonrisa. Para él, de ahora en adelante, el paraíso, el “lugar de la felicidad”, es tal vez algo muy distinto de un mito. Y ese primer paraíso del que hablan los cristianos, y ese paraíso definitivo al que aspiran, se vuelven algo menos inverosímiles.

Y entonces qué importante es que la moral cristiana no se presente bajo los rasgos de la moral de la obligación o del deber, tan defendida por Kant y que tantos cristianos han adoptado más o menos conscientemente. No deberíamos olvidar que la gran predicación de Cristo comenzó con estas palabras: ***“Dichosos los pobres..., dichosos los pacíficos..., dichosos los limpios de corazón”***. Conozco muchos comentarios muy sabios sobre las Bienaventuranzas que inciden en todos los detalles del texto, sin olvidar ningún matiz, pero que, como por casualidad, omiten la palabra ***“dichosos”***. Y sin embargo, el Señor cuando habla de salvación, emplea siempre las imágenes dichosas del banquete, de la fiesta, de las bodas.... Y cuando se dirige a los suyos durante la última cena, ¿qué les recomienda? Su testamento no es otro que la alegría, la plenitud de su alegría, que ciertamente pueden perder, pero que nadie tiene el poder de arrebatárselos.⁵

En una palabra, la vida de Dios es felicidad, y del mismo modo la vida eterna que Él propone es felicidad, y la vida cristiana sobre la tierra es ya un avance de esa felicidad. Pero ¿cómo podría comprometerse con esta religión de la felicidad el que no hubiera experimentado la felicidad?. El privilegio del amor conyugal es el de haber hecho surgir esta aspiración que, en muchas personas no es más que un tizón bajo la ceniza, antes del encuentro con el amor, y que gracias a él, les hace ponerse en camino hacia la felicidad que viene de Dios. Pero, ¡qué frágil es esta experiencia de la felicidad! Para muchos totalmente efímera. Son pocos a los que se podría aplicar la definición de matrimonio que proponía el arzobispo ortodoxo Inocente Borissov; ***“lo que queda en la tierra del paraíso”***.⁶ No obstante, e incluso aunque su duración

⁴ Paul CLAUDEL, *La jeune fille Violaine* en Theatre I, La Pleiade, Gallimard, 1964, p. 577

⁵ Jn, 15, 11; 16, 21-22, 17, 13.

⁶ Citado por Jacques DUQUESNES, *Demain, une Eglise sans prêtres?* Grasset, 1968

fuera breve, esta experiencia de la felicidad es capital. Frágil y efímera no son sinónimos de engañosa.

Hay muchas razones que explican su precariedad. Unos confunden la felicidad con el placer, y al perseguirlo, pierden la felicidad que habían descubierto. Otros intentan apoderarse de esa felicidad con avidez y avaricia, ignorando que sólo aquellos que tienen una actitud de admiración y de ofrenda, son los que la reciben. Otros, buscan en ella un absoluto: destruyen así, no sólo la felicidad, sino también al ser amado, exigiéndole lo que ellos mismos son incapaces de ofrecer.

Estos errores son graves. Sobre todo para los que dudan de esa experiencia, que ironizan sobre ella o simplemente se imaginan haber sido víctimas de una ilusión. Perder la fe en la felicidad, es a menudo arriesgarse, a no encontrar o a no mantener, la fe en Dios.

Por suerte, existen personas para las que esta experiencia constituye la mayor experiencia de la vida. Sin duda, con el paso de los años, perderá su vivacidad y su frescura iniciales, pero lo hará en favor de una lucidez, de una profundidad, de una solidez, que el amor en su primavera, no podía conocer. Esas personas saben que no han recibido en herencia una felicidad absoluta, sino que han aprendido a ver, en la felicidad nacida de su amor, la promesa de otra felicidad, que juntos persiguen porque ya la han saboreado.

La mirada de amor

La experiencia de la felicidad sobre la cual acabamos de reflexionar, pone de relieve una enseñanza de importancia capital; la felicidad surge del amor. Felicidad y amor están íntimamente relacionados. Si el hombre llega a descubrir que está hecho para la felicidad, descubrirá como consecuencia, que está hecho para el amor y que no puede encontrar esa plenitud fuera del amor, fuera de las exigencias y de las riquezas del amor.

La experiencia del amor es compleja; el diálogo de las miradas juega un papel esencial. Aquellos que renuncian a ese diálogo y lo sustituyen rápidamente por un encuentro más tangible, el abrazo de los cuerpos, no saben lo que se pierden. Descubrirse de repente en la mirada de otro, como en un ***espejo donde uno se ve visto***, según la expresión

de Lanza del Vasto, y descubrirse en ella digno de ser amado, no es algo trivial. Finalmente uno comprende que tiene **una razón de ser**, y todavía con más rotundidad, que uno **es**. Mientras una persona no ha reconocido en la mirada de otro que puede ser amado, o más exactamente, que es amada, llevará a costas ese sentimiento propio de los niños no-amados o mal-amados, que yo he encontrado acertadamente expresado por un personaje de novela. ***“Yo estaba de más. Dormía en una cama supletoria, colocada de cualquier manera en la habitación, que se podía plegar en cualquier momento. Si me hubiera ido, no hubiera dejado un lugar vacío.”***⁷

Pero si el amor está presente, todo cambia. Uno percibe que tiene un valor, que ocupa un lugar en el mundo, puesto que otra persona nos necesita. ***“Me necesita para ser feliz”***, se repite uno a sí mismo con exaltación y alegría. Entonces uno se siente “justificado”, como cuando se dice de una decisión que está justificada. No hay razón para despreciarse, uno puede amarse y estimarse puesto que alguien nos ama y nos estima, como le ocurre a este personaje de Mauriac: ***“Este maravilloso descubrimiento que yo hacía; ser capaz de interesar, gustar, de emocionar...Yo me reflejaba en otra persona y mi imagen, así reflejada, no producía rechazo... Recuerdo ese deshielo de todo mi ser ante tu mirada, esas emociones brotando, esas fuentes liberadas”***.⁸ Finalmente uno puede reconciliarse consigo mismo.

El amor llama al amor. Ser amado conduce a amar. Aparece entonces un deslumbramiento, una gratitud, una generosidad que están impacientes por expresarse y que uno ignoraba que surgían de su propio ser. ***“No es extraño que ante ese bello rostro tuyo, y sin que yo supiera cómo, algo en mi interior, antes tan triste, confuso y amargo, se pusiera a cantar. Toda una parte de mí que yo no sabía que existía porque estaba siempre en otras cosas y no pensaba en ella. Ah! Dios mío! Claro que existe y vive intensamente”***.⁹

Y he aquí que por el amor y por el don, uno acaba por parecerse a aquel que uno había descubierto en el ***espejo-donde-uno-se-ve-visto***, que era uno mismo, pero no lo era del todo, pues ese espejo, que es la mirada de amor, tiene la propiedad de presentarnos la imagen,

⁷ Pierre GASCAR, La Graine, Ed. Rombaldi, 1979

⁸ François MAURIAC, op. cit

⁹ Paul CLAUDEL, Le Père humilié, en Théâtre II, La Pleiade, Gallimard, 1965, p. 529

no tanto de aquello que somos en ese momento, sino de aquello que seremos capaces de ser.

La mirada de Dios

¿Cómo no va a tener esta experiencia del amor un alcance espiritual? Si la vivimos con lealtad, puede hacer que, incluso aquellos que no tienen fe o que no tienen más que una fe incoativa, puedan presentir que ***el amor es algo más que el amor***, que la fuente del amor quizá está situada más allá del corazón del hombre. Si la felicidad es al amor lo que la luz es a la llama, aquel que por la felicidad humana llega a sospechar la existencia de otra felicidad, podría también llegar a deducir que a esa otra felicidad corresponde también otro Amor, y que está hecho para ese otro Amor y para esa otra felicidad.

Si encuentra en su camino una mano amiga que le conduzca a Cristo, y si siente fija en él esa mirada del Señor a menudo evocada en los Evangelios: ***“Él le miró y le amó”*** (Mc 10,21), entonces descubrirá que su vida está llena de sentido, puesto que es valioso para Alguien.

El espejo donde uno se ve visto es exactamente la mirada de Dios. ¿Cómo podría no amarse a sí mismo aquel que se descubre precioso a los ojos de Dios? Tan precioso que Dios no ha escatimado su precio: ***“He derramado tal gota de sangre por ti”***. Cuando Pascal comprendió esto, se conmovió hasta el fondo de su corazón. Mucho antes que él, san Pablo había dicho ya: ***“Él me ha amado y se ha entregado por mí”*** (Ga 2,20).

Descubrirse amado es a la vez estimulante y terrible. Si uno cede a la llamada del amor, deja de pertenecerse... Eso es la fe, ese sí dicho a Dios. Llegarán días quizás, en que uno se reprochará ese gesto imprudente, pero será demasiado tarde y además uno se felicitará por ese “demasiado tarde”. Eso es lo que en términos inolvidables expresa Jeremías (cf. 20,7-9)

La última razón de ser del amor entre el hombre y la mujer es pues la de evocar otro Amor y encaminarse hacia él. Lo que ya es verdad en todo matrimonio, lo es todavía más en la unión de los cristianos casados que la Iglesia define como sacramento: una realidad humana, que no solo simboliza una realidad divina, sino que además conduce a ella.

| ***El amor es mucho más que el amor***

Ocurre que ese Amor, al que los esposos son conducidos gracias a su amor, bajo un impulso de acción y reacción, acaba por transformar radicalmente su unión. Se amarán, a partir de entonces, con un amor que es una prolongación del amor de Dios.

Que abran la primera epístola de san Juan y se encontrarán con la alegría de ver que su amor mutuo y el amor de Dios es todo uno: ***“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud”*** (1 Jn 4, 16-17).

EN POCAS PALABRAS:

El amor verdadero nos conduce a una especie de estado de gracia que podríamos concretar en cinco elementos esenciales. En este capítulo veremos los dos primeros:

1. La felicidad: Nos sentimos liberados de la tristeza, salvados por nuestra pareja, de un modo que da sentido y alegría a nuestra vida. Y esto es lo que Dios quiere para nosotros, que seamos felices porque la felicidad nos acerca a El.

2. La mirada de amor: Descubrirse mirado con amor es una de las experiencias más bellas de la vida. Reconocerse amado en la mirada del otro, sin necesidad de que ese amor tenga que ser expresado de ninguna otra manera, nos hace sentirnos valorados, necesitados, esperados... esa mirada da sentido a nuestras vidas. Esta experiencia de sentirse amado conduce a amar y a expresar lo mejor de nosotros en aspectos que ni siquiera imaginábamos. Y en esta mirada de amor es donde podemos reconocer la mirada de Dios: Los que se aman llegan a intuir que el amor, esa fuente maravillosa de felicidad, debe tener una dimensión espiritual que está más allá del corazón del ser humano. Sentirse mirado con amor por Dios, que vive en cada uno de nosotros, nos lleva a evocar ese amor perfecto y a desear alcanzarlo:

“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (1Jn 4, 16-12).

Ahí encontramos los cristianos casados lo que la Iglesia define como sacramento: una realidad humana que simboliza una realidad divina y que nos conduce a ella.

LA SENTADA

Pistas para la sentada:

Si uno vuelve con el pensamiento a los primeros tiempos del amor, uno percibe el recuerdo del otro como rodeado de una especie de claridad porque al principio siempre hubo un deslumbramiento. Algo único y milagroso se producía entre nosotros con el intercambio de palabras, de gestos, de miradas. Todo lo que el juego de la relación entre los dos podía dar de sí, estaba ya allí presente, en la inmaculada precisión de lo inicial. El mundo se llenaba de signos, la fragmentación de la vida se unificaba. Soledad, inseguridad, miedo ante el futuro desaparecían porque alguien nos había elegido, nos había amado, nos había devuelto esa frágil consistencia tan necesaria para hacer frente a la vida, para curarnos del pasado. Esto nos empujaba a explorarnos en profundidad, a la búsqueda de todo lo que éramos y habíamos sido, con el deseo de ofrecer al otro nuestra autenticidad. El otro por su parte, nos ofrecía su tiempo, sus pensamientos y esta coincidencia de amor nos parecía un don inmerecido.

Se trata de una intuición pues no hay nada calculado, porque la atracción mutua no se racionaliza, porque toda la relación entre los dos está en germen. Pero a esta intuición tan bella y tan poderosa, habría que matizarla con el adjetivo “inteligente”. A pesar de la juventud y de la inexperiencia, se puede llevar a cabo de una cierta manera una valorización lúcida de la persona del otro; descubrir con alegría los valores que compartimos y al mismo tiempo no cerrar los ojos ante los puntos oscuros que van a ser fuente de sufrimiento entre los dos. Si nos proponemos un conocimiento más completo del otro en diferentes y variadas circunstancias de la vida y ahondamos en una comunicación verdadera y profunda, podremos llegar a descubrir si es posible crear entre los dos un proyecto común de vida. Partiremos entonces de un sí a la vez espontáneo y reflexivo.

Propuestas de preguntas para la sentada
Retroceded con vuestra mirada al comienzo
de vuestro amor...

1. Hablemos juntos de este surgimiento de la felicidad, nueva, penetrante, insistente... desconocida hasta entonces. del descubrimiento de que tú, yo, nosotros, estamos hechos para la felicidad, para el amor. Intentemos recordarlo que nos emocionó en el otro, lo que admirábamos el uno del otro. Rememoremos el momento en que nos descubrimos, nuestras primeras salidas, los escritos que nos dirigíamos, todo aquello que hacíamos para conocernos mejor.

2. Es del amor de donde surge la felicidad. Compartamos ahora experiencias de nuestra vida conyugal y familiar que confirmen esta afirmación.

3. Nuestras miradas el uno hacia el otro, el uno para el otro:

- Recordemos nuestras primeras miradas, la primera mirada en la que me sentí amado(a) por ti: ¿qué cambió en cada uno de nosotros?

- Y en la actualidad: ¿qué dicen nuestras miradas?

4. Volvamos al momento en que comprendimos, sentimos que esta fe en la felicidad nos orientaba hacia Dios, hacia la felicidad de Dios, hacia la vida eterna y la felicidad eterna. Compartamos juntos sobre esta búsqueda del amor de Dios, de la felicidad en Dios, que trasciende nuestro amor conyugal.

Acabamos esta sentada dedicando unos segundos a mirarnos como si fuese la primera vez. Ahora tomémonos con fuerza de la mano y mirémonos como si fuese la última vez que vamos a estar juntos.

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios

Lectura de la primera Carta de Juan, 1 Jn 4, 16-19.

“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero.”

Propuesta de preguntas para compartir en la reunión de equipo

1. El hecho de recordar un período de nuestra historia nos permite revivir en parte las mismas emociones que experimentamos en aquella época.

Durante la Sentada hemos viajado a los primeros instantes de nuestro amor. Podemos compartir lo que sentimos al evocar nuestro encuentro y descubrimiento mutuo.

2. El Padre Caffarel habla de vacío, soledad, ausencia de sentido antes de este encuentro de amor. Mi cónyuge me confirma el hecho de que valgo mucho, de que por fin existo para el otro. ¿Cuál es vuestra experiencia sobre este tema?

3. ¿Cómo os distéis cuenta o sentisteis que vuestro amor humano os acercaba a Dios o incluso se nutría del amor de Dios? Podéis compartir sobre algunas decisiones tomadas en pareja a raíz de este descubrimiento y sobre el camino recorrido en los Equipos de Nuestra Señora.

4. El amor conyugal es una segunda oportunidad de «sanación» en nuestra vida, sanación de heridas pasadas. ¿Qué os inspira esta reflexión?

Capítulo 2 : La comunicación

La comunicación entre los esposos

El amor entre el hombre y la mujer, ese amor que se traduce en felicidad, es reciprocidad, diálogo, comunicación total. Todo ello es una novedad para los que viven el inicio de un amor todavía joven.

Y esta novedad les parece tanto más admirable cuanto que, desde hacía años y tanto a uno como a otro, un doloroso sentimiento de soledad les acompañaba siempre. A veces adormecido, otras agresivo, a menudo desesperado, pero siempre estaba allí como un extraño compañero cuya presencia no se explicaban. A veces se rebelaban contra él, otras se resignaban: *“No hay elección; estamos solos, escribía Rilke, nos está permitido hacernos ilusiones, pero yo prefiero mirar el asunto cara a cara, aunque eso me produzca vértigo”*.¹⁰

Del sentimiento de soledad a la comunicación

Al enamorarse, comprenden el significado de ese sentimiento de soledad: y es que les preparaba para el amor y para la comunicación. ¿Cómo podrían haber deseado y acogido el amor y la comunicación, si no hubieran experimentado antes con dureza que no es bueno que el hombre esté solo? (Gen 2,18). La soledad les enseñaba de modo negativo lo que ahora el amor les enseña de modo positivo: que la comunicación es la ley profunda del ser humano, que la persona es “relacional”. El hombre no existe con una existencia verdaderamente personal, más que en la medida en la que existe para otro, con el sentido que los filósofos contemporáneos dan a esa expresión *existir para...* Desde entonces lo saben, y cada uno puede decir: *“Existo, puesto que existo para ti”*.

Comunicar, comunicarse a través del espíritu, de alma a alma, es una experiencia prodigiosa. Pero el hombre es un alma encarnada. Por tanto, esa comunicación se realiza por intermedio de los cuerpos. Una mirada, una sonrisa, una presión de la mano, el don de los cuerpos, todo es un medio para comunicarse. Las actitudes, los gestos, tanto como las palabras, están cargados de sentido. Pero es necesario que el espíritu quiera estar presente en todas estas actividades corporales, se deslice en ellas para transfigurarlas, vele para que no degeneren

¹⁰ Frase citada por Anne LINDBERCH en *Solitude face à la mer*, Amiot-Dumont, Paris, 1955, p. 39

| ***El amor es mucho más que el amor***

en automatismos, o lo que sería peor, para que no sean expresión del mero instinto corporal.

Tienen razón los novios y los recién casados, al alegrarse de la maravillosa liberación que deben al amor. Gracias a él han podido escapar de sí mismos. Es una liberación maravillosa, pero cuidado, es también una exigencia inmisericorde. No hay que comunicar solo en las horas en las que es fácil y apetecible poner en común las cosas, sino que hay que hacerlo a lo largo de toda la vida. Y si al principio parecía algo sencillo -era como un alivio- uno se da cuenta pronto de que la comunicación que el amor exige, va mucho más lejos de lo que uno pensaba. Se trata de algo más que de conjugar el verbo amar, algo más que de intercambiar emociones, sentimientos, pensamientos superficiales; lo que hay que revelar es nuestro ser profundo, el yo íntimo, y para ello mostrarse tal cual es, con sus riquezas y sus miserias. Y esto tampoco ocurre únicamente en el momento en que es agradable recibir al otro, sino que a cada instante, hay que disponerse a acoger la presencia, las palabras, el don del otro.

La comunicación, entre aquellos que se aman, es difícil, incluso cruel a veces. Pero su crueldad es como la del educador que obliga a la persona a superarse, a liberar todo su potencial. Quien acepta comunicarse, crece interiormente. Quien se niega, se condena a la asfixia. A decir verdad, solo el amor consigue el milagro de que los que estábamos separados por muros infranqueables, desde el pecado por el cual Adán se aisló de la creación al distanciarse de Dios, nos podamos comunicar.

Por eso es importante señalar que la comunicación con otro ser, nos hace entrar en relación con el mundo entero: ***"He descubierto algo grande, es el amor el que nos da las llaves del mundo y no el que nos las quita"***.¹¹ Tantos moralistas cortos de miras no llegan a comprender ese milagro y continúan invitando a los novios y a los esposos a no dejarse cautivar por el amor. Es verdad que se puede amar mal, y que el falso amor aprisiona a las personas, pero en cambio, el amor verdadero, libera el corazón humano.

¹¹ Paul CLAUDEL, *Le soulier de satin*, en *Théâtre II*, La Pléiade, Gallimard, 1965, p. 772

En diálogo con Dios

Ese gran educador en el amor, el Espíritu Santo, al que el amor ofrece una oportunidad especialmente favorable, trabaja para hacer pasar a los que se aman, de la comunicación entre ellos, a la comunicación con Dios. Si ya están familiarizados con ella, su amor será una gran ayuda para vivirla más perfectamente. Todas las leyes de la comunicación que van descubriendo día a día en sus relaciones mutuas, les parecerán pronto secretos desvelados para avanzar en la intimidad con Dios.

Es muy importante que aquellos que todavía no han aprendido a vivir con Dios, pero aspiran a ello, comprendan que la religión cristiana es comunicación con Dios, de cada persona con Dios. Comunicación en el amor. Es decir, hay que presentarles el Proyecto de Dios como un gran proyecto dirigido por la voluntad de Dios para entrar en comunicación con cada uno de sus hijos, como una llamada de Dios al a toda la humanidad a entablar relaciones personales con El. Entonces, en el plano de la fe, como en el plano del amor humano, solo que a un nivel más profundo, el hombre, al responder al amor de Dios, adquiere el sentimiento de aceptarse como ser, de descubrir la vida verdadera. Hasta entonces se preguntaba si su existencia era verdaderamente real y no solamente un sueño. A partir de ese momento, sabe, es, vive. Existe, desde el momento en que existe para Dios.

Negarse a comunicarse a nivel personal, es ya destruirse; a nivel religioso es propiamente morir. Separarse de Dios es lo que los moralistas entienden como pecado mortal.

De la misma manera en que el amor humano, en vez de aislarnos, nos abre al mundo, la comunicación con Dios causa esta paradoja; singulariza al hombre frente a toda la creación y le hace al mismo tiempo entrar en comunicación con todos los seres, pero en Dios. Escuchad a Francis Jammes: ***“Parecía que ante sus ojos se abría un mundo nuevo. El pájaro, el árbol, la piedra, tenían una claridad que no conocía y la teja que iluminaba el sol poniente, se delineaba con unos contornos nítidos y precisos. Ya no era esa pesadilla loca y grotesca en la que las cosas parecen sorprendidas de existir; ahora cada cosa era tal como es...”***¹² Al leer estas líneas, uno imaginaría que el autor las hubiera escrito al enamorarse; en realidad lo hizo al día siguiente de su conversión.

¹² Francis JAMMES, *Clairières dans le ciel*, Paris, Mercure de France, 1906

| ***El amor es mucho más que el amor***

Lo cual podría llevarnos a deducir que todo amor auténtico, y todavía más que el amor conyugal, el amor de Dios, hace nacer en nosotros un corazón fraternal para con todos los seres del universo.

Una nueva soledad

Por una parte, a partir de esta experiencia de la comunicación que se da en el amor humano, el Espíritu de Dios nos enseña a comunicarnos con Dios. Pero por otra, dispone de otro recurso, todavía más poderoso. Hace resurgir el sentimiento de soledad en el seno mismo del amor. Novios y esposos, se asustan: ¿se habrían equivocado al pensar que amor y soledad eran incompatibles, contradictorios, que el amor había eliminado definitivamente el sentimiento de soledad? (...)

Lo que hay que decirles es que se interroguen sobre su experiencia de soledad. Recordarán que ese sentimiento que dominaba su adolescencia, tenía un significado; les recordaba que el hombre no está hecho para estar a solas consigo mismo, sino para la comunión en el amor recíproco. Su soledad de hoy, precisamente en el mismo seno del amor, es de otra clase. Mientras que en el adolescente era una invitación al diálogo con el otro, ahora es una invitación al diálogo, a la comunicación, pero con Dios. Es posible que hubieran creído que el amor humano bastaría para colmar su corazón...Dios no podía dejarles en ese error por mucho tiempo. Están hechos para otro amor; que les está esperando.

¿Estarán los cristianos libres de esta nueva aparición del sentimiento de soledad? Si su unión con Dios fuera lo suficientemente profunda, si su amor humano estuviera libre de toda ilusión, es seguro que no conocerían ese desgarró. Pero lo conocen. Alguien escribió: ***“¿No es la vida el aprendizaje de la soledad, y el matrimonio el medio más sutil de conocerla?”*** No, el matrimonio no es el medio más sutil de experimentar la soledad, sino más bien el de descubrir que la vida con ese Otro pone fin a toda soledad.

Y, en el hogar cristiano, ese Otro no está lejos. Se le puede encontrar incluso en el diálogo conyugal. ¿No dijo Él?: ***“Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”***. (Mt 18,19).

Muchos esposos se inquietan: ¿no deberíamos temer esa llamada a otro Amor? ¿Nuestro amor conyugal no se verá disminuido? La respuesta me la dio un día un amigo al decirme de su mujer profundamente religiosa: ***“Cuando ella acaba de hacer oración, su ternura conmigo está como renovada”***.

EN POCAS PALABRAS

El padre Caffarel identifica la comunicación como un elemento esencial del estado de gracia que surge con el amor. Destaca que esta comunicación no solo sostiene la relación matrimonial, sino que también influye en nuestras relaciones con los demás.

El camino hacia una verdadera comunicación comienza con la experiencia de la soledad, una sensación que puede ser angustiante, pero que revela una verdad esencial: el ser humano existe para relacionarse, para decir «existo porque existo para ti». Este descubrimiento impulsa al amor y a una comunicación constante, ya sea verbal, gestual o incluso espiritual, llevándonos hacia una dimensión más elevada de felicidad, acompañados siempre por el Espíritu.

Dios quiere nuestra felicidad y se regocija en ella. Sin embargo, los esposos deben reconocer que la comunicación no se limita a los buenos momentos, sino que debe cuidarse también en las dificultades. En ocasiones, puede parecer que se pierde algo de aquello que nos cautivó del otro. En esos momentos, la comunicación se convierte en una llamada a compartir lo más profundo e íntimo de nuestro ser, siempre abiertos a escuchar y ser escuchados. Este esfuerzo por mantener una comunicación auténtica lleva el amor a un nivel más profundo, más cercano a lo espiritual.

El amor conyugal, además, refleja nuestra relación con Dios. En el cristianismo, la religión se concibe como una comunicación de amor entre Dios y cada persona. Al descubrir nuestro propósito divino, podemos decir: «Existo porque existo para Dios». Este vínculo con Él se convierte en el modelo para nuestras relaciones humanas, donde también nos sentimos llamados a amar, compartir y relacionarnos.

Aunque el sentimiento de soledad puede surgir incluso dentro del amor, no debe asustarnos. Es una invitación a recordar que no estamos hechos para la soledad y que Dios siempre estará junto a nosotros, ayudándonos a encontrar consuelo y plenitud tanto en nuestras relaciones humanas como en nuestra conexión con Él.

LA SENTADA

Pistas para la sentada:

La relación de pareja se vive en una vida plural y compleja que toca todas las aristas de la realidad y no se juega siempre en total y dichosa intimidad o en momentos privilegiados y perfectos. Con la vida en común la pareja llega a conocerse tan íntimamente que las debilidades y las manías, las “sombras” que ya se insinuaban en los primeros tiempos de la relación y cada uno había intentado disimular, se hacen demasiado evidentes. Día tras día y a fuerza de repetirse, estos defectos se hacen tan presentes que muchas veces, ocultan todo lo demás. Los rasgos excepcionales se hacen trizas ante los pequeños escollos del día a día. Esa persona, tan atractiva, que uno descubría ávidamente al principio, está finalmente muy cerca, demasiado cerca a veces para que continúe despertando la misma admiración.

La opinión general es que cuando uno se enamora eso provoca una visión idealizada de la persona amada y cuando esa etapa acaba, uno se encuentra frente a la verdad.

Pero no es exactamente así. Lo que el inicio del amor hace descubrir sobre el otro, no pertenece al género de la ilusión. Al contrario, es la puerta que se abre y permite entrever lo que hay de mejor y más verdadero en el otro, a condición de que el ejercicio participativo que engendra el amor en esos primeros tiempos, se mantenga siempre activo entre los dos. Se trata de un ejercicio, por lo tanto hay que mantenerse alerta y es participativo así que incumbe a cada uno de los dos. Si solo se compromete uno, el ejercicio resultará imposible.

Si utilizamos la inteligencia del corazón, esa capacidad de comprender y de asumir la vida, discerniremos, si a pesar de esos puntos oscuros y contradictorios que vamos descubriendo en él o en ella, los puntos positivos compensan de ese otro lado negativo que sabemos será fuente de sufrimiento. Y sobre todo, sobre todo, debemos cultivar un corazón lleno de misericordia, que comprende y que acepta, que es paciente y sabe excusar, que deja reposar la mirada con amor sobre la persona del otro, que para de criticar y aprende a expresar la alabanza, que reconoce la necesidad que tiene del otro y se lo dice. Es muy fácil sentirse atraído por lo que uno puede recibir; es más difícil preguntarse sobre lo que el otro necesita.

Propuestas de preguntas para la sentada

1. En este inicio de la sentada, después de ponernos bajo la mirada de Dios, tomémonos un momento para reflexionar individualmente, provistos de un papel y un bolígrafo, y hagamos un esfuerzo de memoria y clarividencia para responder a las dos siguientes preguntas

¿Qué me gustó del otro durante los primeros tiempos de nuestro encuentro?

¿Puedo nombrar todas las cualidades y bellezas que todavía descubro hoy en mi cónyuge?

Después de este tiempo suficientemente significativo, intercambiamos entre nosotros lo que hemos escrito y dialoguemos.

2. Sobre la soledad: de adolescente o de joven adulto, ¿tenía este sentimiento antes de conocer a mi futuro cónyuge? Compartamos sobre este estado de soledad, su evolución desde el inicio de nuestra relación y tras varios años de matrimonio.

3. ¿Vemos alguna relación entre nuestro propio sentimiento de soledad y la cercanía a Dios? ¿Cierta soledad nos ha acercado a Dios? ¿De qué manera?

4. ¿Cuáles son nuestros modos de comunicación preferidos? ¿Han variado a lo largo de los años? ¿Cómo tenemos en cuenta nuestro propio lenguaje corporal y el de nuestro cónyuge? Compartamos qué lugar ocupa la ternura en nuestra relación conyugal.

5. Amar es aprender a conocer al otro cada día más. Es algo que siempre tendremos que descubrir en la escucha y el compartir. ¿Podemos identificar qué obstaculiza la comunicación con nuestro cónyuge? ¿Podemos buscar juntos cómo desactivar dichos obstáculos?

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra,

Carta de San Pablo a los Efesios, 4, 29-32

Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen. No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo.

Propuestas de preguntas para compartir

en la reunión de equipo:

1. La religión cristiana es comunicación del Hombre con Dios. El designio de Dios es establecer relaciones personales con sus criaturas. ¿Cómo convivimos con estos dos amores – el amor a Dios y el amor al cónyuge? ¿Nos ha supuesto un conflicto personal en algún momento de nuestra relación? ¿Qué ayuda concreta ponemos en práctica para ayudarnos mutuamente en nuestra relación con Dios?
2. Dios nos ha dado a nuestro cónyuge para amarle. El Padre Caffarel escribe que en el diálogo conyugal el Espíritu Santo nos enseña a comunicarnos con Dios. ¿Cómo organizamos nuestro deber de sentarse? ¿Cómo lo preparamos? ¿Qué podemos hacer para que nuestros corazones estén en disposición de acoger este tiempo de ajuste para amarnos mejor y experimentar en nuestro amor el amor divino de nuestro Dios?
3. Compartamos juntos sobre cómo la comunicación conyugal, en amor y en verdad: nos ayuda a entrar en comunicación con Dios mismo, nos hace tomar conciencia de que existimos no solo para nuestro cónyuge, sino también para Dios, y nos abre a todos.

Capítulo 3, Incompletitud y gratuidad

Descubrimiento de la “incompletitud”¹³

Entre las variadas experiencias que acompañan al nacimiento del amor, hay una sobresale. Antes del encuentro con aquel o aquella que se ama, tanto uno como otro, eran seres incompletos, pero no eran conscientes de ello. Vivían como si se bastaran a sí mismos. Sin embargo, experimentaban la necesidad de enriquecer su propio yo, para crecer, para llegar a plenitud. En realidad lo que les faltaba era una persona complementaria. No alguien que pudiera ayudarles a colmar sus lagunas, o que les proporcionara algún suplemento, para ser más o para tener más, sino alguien que les aportara lo que jamás podrían conseguir por ellos mismos: **la otra mitad del mundo.**

Esa otra mitad del mundo, masculina o femenina, no es un bien que uno posee de una manera definitiva. Una cosa se adquiere, pero una persona se recibe en la medida en que uno se hace don también al recibirla; y si se la aprisiona para poseerla, entonces, o bien se escapa, o bien renuncia a su libertad y entonces uno se apropia solo de la cosa en que esa persona se ha convertido.

El descubrimiento de nuestra “incompletitud” en relación con el otro sexo, es un acontecimiento espiritual importante, porque es la toma de conciencia de una pobreza radical, indiscutible. La mayoría de las personas hacen este descubrimiento en la relación de amor: descubren su pobreza justo cuando son liberados de ella. Liberados sí, pero a condición de que la otra persona permanezca presente y se ofrezca.

Nadie puede dejar de reaccionar al descubrir esta “incompletitud”. No hay otra alternativa más que aceptación o rechazo. Cuántos comportamientos, sobre todo en el terreno sexual, pero también a nivel social, no tienen otra explicación que la negación de esa pobreza. Los psicólogos han subrayado la importancia de aceptar nuestro sexo; ¿han afirmado suficientemente, que es igual de importante aceptar que no se es más que uno de esos dos sexos, y por lo tanto hay que aceptar la “incompletitud” y la pobreza que se deriva?

Y también la dependencia, pues el pobre es necesariamente dependiente. Negarse a esta dependencia es una reacción de adolescente receloso.

¹³ Esta palabra no existe, es un concepto que procede del francés literario “incompletude”. Este neologismo fue una creación intencional para expresar un concepto teológico y filosófico específico sobre la naturaleza complementaria del matrimonio.

Y es comprensible: no quiere sacrificar su autonomía y en parte tiene razón. Más tarde, pero sólo un poco más tarde, descubrirá que en el amor, el ser humano puede hacerse dependiente sin que esa dependencia signifique alienación ni abdicación de su dignidad de persona. El adulto, claramente, puede encontrar en esta aceptación de la dependencia, la maduración de su personalidad, la exaltación de su libertad.

Una pobreza mucho más radical

Sin duda, al seguirme, habréis vislumbrado ya que Dios utiliza para sus fines esta toma de conciencia de la “incompletitud” del hombre y de la mujer, de uno en relación con el otro. Quiere llevarles a descubrir una “incompletitud” mucho más profunda que hay que aceptar; ***“En efecto, el amor de Dios nos pide la misma facultad que necesita el amor de sus criaturas, el sentimiento de que por nosotros mismos no estamos completos y que el Bien Supremo en el que llegaremos a plenitud, es alguien fuera de nosotros”***.¹⁴ Sería ridículo que el hombre pretendiera bastarse a sí mismo e ignorar a la otra mitad del mundo; pero, pretender ignorar a Dios no es sólo ridículo, sino más grotesco y más trágico. A decir verdad ese es el pecado primordial: ***“Seréis como dioses”*** (Gn 3,5) susurraba Satán al oído de Eva; ¡autónomos, independientes, soberanamente libres!

En relación con Dios, la pobreza del hombre es absoluta. Se podría decir que sin Dios el hombre no tiene ni comienzo ni fin. En efecto el hombre no existe más que por una intervención de Dios. Ese “yo” dueño de sí mismo, que afirma; ***“yo soy, yo quiero, yo hago”***, no se ha dado a sí mismo la existencia, es de Dios y es Dios quien se la ha dado. Pero aún hay más: el hombre recibe su ser de Dios a cada instante. Del mismo modo que la mancha luminosa sobre la pared de mi habitación existe gracias al rayo de sol que se filtra a través de las persianas, mi ser no tiene ni consistencia ni permanencia, si no es por la palabra creadora que le ha llamado a la vida y que le mantiene en ella.

Pero hay una pobreza mucho más dramática, la que consiste en no poder alcanzar ni abrazar aquello para lo cual uno ha sido creado, en lo que uno encontraría plenitud de ser y de felicidad. Eso es lo que le ocurre al hombre en relación con Dios. Privado de la amistad de Dios, es un muerto en vida, pues está hecho para Dios, para conocerle, para

¹⁴ Paul CLAUDEL, Introducción a un poema sobre Dante en Positions et Propositions, T I, 1934, p. 431

| ***El amor es mucho más que el amor***

amarle y poseerle, como el ojo está hecho para ver, la inteligencia para comprender, el corazón para amar, el hombre para la mujer y la mujer para el hombre.

Si la experiencia del amor humano puede conducir a comprender y a aceptar esa pobreza radical frente a Dios, debería también tranquilizar a la persona, que habiendo llegado al umbral de la fe, se ve invadida por el pánico ante el pensamiento de consentir a Dios, de lanzarse en el abismo de una dependencia total en relación con Él. Teme sacrificar su grandeza de hombre. Es en cierto sentido un sentimiento respetable; responde a una idea justa de su nobleza; pero esta nobleza, ¿de quién la ha recibido sino de Dios? Dios es todavía más celoso que el hombre y no puede pedirle que reniegue de ella. La experiencia del amor es muy esclarecedora; darse, hacerse dependiente por amor no nos hace caer en la posesión de otro, como el esclavo que no es más que una cosa en manos de su dueño, sino por el contrario, hace surgir nuestra personalidad en todo su esplendor. Es difícil captarlo con la razón, pero es verdad evidente para el que ama.

Hay que afirmarlo; lo mismo que la unión de dos personas exige que el amor entre ellas se mantenga vivo para no parecerse al encadenamiento de dos presos, de la misma manera, la fe en Dios requiere imperiosamente, para ser vivida en toda su plenitud, un amor a Dios ferviente, vivo, nuevo cada día y cada día más verdadero. Los místicos, que han tenido esta experiencia, cantan con entusiasmo su alegría de haber descubierto su pobreza radical y su absoluta dependencia en relación con Dios. Y son verdaderamente libres.

Gratuidad del amor

Este hombre que, de repente, ante una mujer concreta, comprende que la esperaba desde siempre, que sin ella no está completo y no sería capaz de cumplir su misión, puede que se acerque a ella primero en plan conquistador. Pero pronto se da cuenta de su error. Hasta entonces tenía el sentimiento de poder conseguirlo todo con dinero o por la fuerza, intelectual, moral o física. Si fracasaba, lo atribuía a sí mismo, a su falta de dinero o de fuerza.

Pero ocurre que descubre otro mundo, el del amor, donde riqueza y fuerza no tienen valor. Sería ridículo que pretendiera obtener el amor

pagándolo. Ya lo dijo el Cantar de los Cantares hace 25 siglos: ***“El que ofreciera todas las riquezas de su casa para comprar el amor, no recibiría más que desprecio”*** (Cant 8,7). Y si recurriera a la fuerza, sería un bruto.

En ese otro mundo, el mundo del amor, el mundo de la persona, del misterio de la persona, esta no es una cosa de la que uno se apodera sino una libertad que se entrega. Y ese don del amor es como un milagro imprevisible, siempre gratuito. Pero entonces ¿cómo obtenerlo?. No hay más que dos modos. O seducir, en el sentido amplio de la palabra, es decir, amar, amar con un amor tal que haga surgir el amor en el corazón del otro. O bien suspirar. La palabra suena ridícula y sin embargo define una gran realidad; la humildad de un ser, que por un lado, confiesa su amor y por otro, reconoce no merecer de ninguna manera ese don que no tiene precio, que es el amor de aquel a quien ama. Cuando los dos amores, habiéndose encontrado, se correspondan, cada uno se abrirá al don del otro con una actitud de reconocimiento maravillado:

¡Ponte de rodillas y yo me pondré de rodillas! Y acoge mi alma que, estremecido, yo acogeré la tuya con veneración entre mis brazos, habiéndome puesto de rodillas, porque es creación de Dios. Y la protejo, estrechándola contra mi corazón.¹⁵

Aquellos que han recibido ese don impagable, que no se imaginen poseerlo ya para siempre. Todos los días hay que esperar con humilde reverencia el don del ser amado.

El reino de la gracia

Esta experiencia de la gratuidad proyecta una luz admirable sobre las relaciones del hombre con Dios. A través de ella, el Señor quiere conducirnos a la inteligencia del mundo de la gracia. Gracia y gratuidad son la misma palabra.

Más monstruosa todavía que la ambición de comprarse el amor humano, estigmatizada en el Cantar de los Cantares, está la pretensión de procurarse a precio de oro los dones de Dios. Una pretensión de tal calibre, arrancó a Pedro un estallido de cólera: ***“Al ver Simón que al imponer las manos los apóstoles, se daba el Espíritu, les ofreció dinero, diciendo: Dadme ese poder a mí también,***

¹⁵ Paul CLAUDEL, L'Échange, en Théâtre I, La pléiade, Gallimard, 1964, p. 691

que a quien yo le imponga las manos reciba el Espíritu Santo. Pero Pedro le replicó: Púdrete tú con tu dinero, por haberte imaginado que el don de Dios se compra con dinero". (Hch. 8, 18-20).

Menos grosero pero del mismo estilo, es el error de todos aquellos que esperan la salvación por el cumplimiento de la ley, por sus proezas morales, por sus méritos. No conocen la gratuidad y la transcendencia de la salvación cristiana. Si fuera una especie de paraíso en la tierra, podrían tener excusa, pero la salvación que Dios nos ofrece es algo muy diferente; es Él mismo, conocido, amado, poseído de amor. Y el don del amor de una persona, como hemos visto, no se compra, ni se merece. Mucho menos si se trata del amor de Dios.

Efectivamente, el hombre ante Dios debe comprender que el don de Dios no puede venir más que por pura iniciativa divina. Si hay un punto del dogma que la teología ha meditado largamente y defendido encarnizadamente, ese es el de la absoluta gratuidad de la gracia. Al hombre sólo le queda acogerla, e incluso ese acto por el cual él se abre al don de Dios, es en sí mismo también un gran don de Dios.

Hay que renunciar pues a conquistar a Dios con nuestras fuerzas. Pero, ¿cómo obtener su amor, cuando es más valioso que ninguna otra cosa? Entre el hombre y la mujer, yo hablaba de seducción; en este caso eso está excluido: ¿quién osaría pretender arrancar el amor al corazón de Dios? Solo resta hacerse “menesteroso”. En ello radica el sentido profundo de la oración. Pero maticemos bien, la oración no es una presión ejercida sobre Dios, sino una *espera*, una esperanza, una brecha abierta en nuestro ser, a través de la cual Dios penetra en nosotros. Cuando, por su parte, Dios quiere conquistar al hombre y unirse a él por amor, no puede hacerlo sin respetar la gran ley del amor que él mismo ha establecido y que he definido antes; ***“El hombre no es una cosa de la que uno se apropia sino una libertad que se da”***. Y siendo esto así, Dios tiene que seducir al hombre. Y bajo esta perspectiva se comprende toda la Historia Sagrada. Con sus *“magnalia”*, sus grandes obras, y sus declaraciones de amor, Dios se ha atraído a un pueblo, uno de los más pobres y de los más pequeños, y lo ha hecho como un hombre conquista el corazón de una mujer. Le ha dedicado frases de esposo enamorado; ***“la alegría que encuentra el marido con la esposa, la encontrará el Señor contigo”*** (Is 62,5),

Y cuando, igual que una esposa adúltera Israel le traiciona, él intenta cada vez conquistarla de nuevo: ***“Por tanto, mira, voy a seducirla, llevándomela al desierto y hablándole al corazón”*** (Os 2, 16).

Llegó por fin para Dios la hora de la suprema tentativa de seducción, para ganar, no solamente el corazón de uno de los pueblos del universo, sino de la humanidad entera. Y el Hijo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros y dio a los hombres la más indiscutible prueba de amor: ***“No hay amor más grande que el de dar la vida por los que se ama”*** (Jn 15,13).

Pero una gran mayoría de los hombres no sabe comprender el lenguaje del amor. Eso no quita para que, desde hace veinte siglos, sean millones los humanos que se han dejado seducir. Se han entregado a Cristo, se han abierto al don de Cristo. Y permanecen en Él y Él permanece en ellos.

EN POCAS PALABRAS:

4. La incompletitud: La relación de amor revela nuestra pobreza radical al hacernos conscientes de nuestra incompletitud. Este descubrimiento espiritual muestra que somos dependientes del otro para alcanzar plenitud, y aceptar esta carencia nos lleva a una madurez personal que nos hace más libres, y su negación nos conduce a la insatisfacción y la infelicidad.

Tal y como viene haciendo a lo largo de todo su discurso, el Padre Caffarel traslada esta toma de conciencia de nuestra carencia en la relación de amor, a la relación con Dios. Dios nos da la existencia y la plenitud, y comprender nuestra dependencia absoluta de Él permite una relación más auténtica. Los místicos celebran esta pobreza radical al reconocer su dependencia total de Dios y la plenitud que Él ofrece.

5. La gratuidad del amor: El amor no puede comprarse ni obtenerse por méritos, como se ilustra en el “Cantar de los Cantares”: “El que ofreciera todas las riquezas de su casa para comprar el amor, no recibiría más que desprecio”. Las virtudes que lo acompañan son la humildad, la espera, el don y la entrega desinteresada. En la relación con Dios, esto significa que Su gracia es un don gratuito que no se gana mediante logros o méritos. Este amor divino es generoso y abundante, y nuestra tarea es abrirnos a recibirlo..

Sólo podemos rezar, encontrarnos con él para darnos la oportunidad de acoger su gracia derramada con generosidad y ante la cual muchas veces pasamos de largo. La oración es el lenguaje del amor con Dios, de nuestro encuentro y de hacernos receptivos a Él, que siempre nos espera.

LA SENTADA

Pistas para la sentada:

Habría que encontrar un equilibrio entre el papel tradicionalmente asignado a la mujer, basado en el carácter “sagrado” de su naturaleza y la fuerza rígida de la ideología feminista que lo presenta como el puro y simple producto de una “cultura” machista que no tiene nada que ver con su biología.

Cuando se ve vivir a parejas jóvenes es fácil reconocer que son herederos de esa inexcusable y justa lucha feminista. La mujer ha sido finalmente reconocida, al menos en una parte del mundo, como la igual al hombre en dignidad, en inteligencia, en capacidad de organización y de responsabilidad, pero es importante que todos estos logros exteriores no la hagan perder su identidad profunda. La mujer puede hacer las mismas cosas que el hombre pero quizás las haga de modo diferente.

En el interior de la pareja este cambio en el papel de la mujer ha sido una gran riqueza pero también causa de conflicto. ¿Cómo gestionar el trabajo en casa? ¿Qué tiempo dedicarán a los niños cada uno? ¿Será siempre el mismo el que renunciará a puestos profesionales superiores?

Si las parejas jóvenes viven esto como una lucha ligada a la igualdad que se reivindica con encarnizamiento, será difícil tener un clima de paz y de equilibrio. Una cosa es llegar entre los dos a un compromiso justo para compartir el peso de la vida familiar y profesional y otra conocer las diferencias de acercamiento masculino/femenino que matizarán todas sus relaciones. Si no aceptan que la condición sexuada no se limita a los órganos biológicos sino que afecta a toda su vida, en todas sus dimensiones, no lo vivirán como una riqueza sino como causa permanente de conflictos. Si el equilibrio que se busca se basa únicamente en la justicia y no se apoya nunca en la gratuidad del amor/caridad, éste siempre estará en peligro. El fin de la unión hombre/mujer es el de entrar en relación como hombre y como mujer para convertirse en pareja en plenitud.

Propuesta de preguntas para la sentada:

1. El amor de nuestro cónyuge nos hace ser plenamente mujer y plenamente hombre. Adán vivió por primera vez la incompletitud, ese sentimiento de tristeza ante la realidad de una carencia, de una ausencia¹⁶.

¿Somos conscientes cada uno de nuestra incompletitud? ¿En qué momento de nuestra historia personal se manifestó, nos dimos cuenta de ella? ¿Cómo la definiríamos? ¿Qué es para nosotros «esa otra mitad del mundo» que nos proporciona nuestro cónyuge?

2. «Una cosa se adquiere, pero una persona se recibe, en la medida del don que se le hace de uno mismo...» ¿Qué nos inspira esta frase?

Todos experimentamos la gratuidad del amor de Dios, del don de Dios. ¿Cómo nos ilumina esto en la forma de vivir el amor conyugal? En el día a día de nuestras vidas, ¿cómo vivimos este don recíproco, a través de las diversas tareas al servicio de la comunidad conyugal o familiar?

3. ¿En qué medida nuestro amor conyugal nos hace tomar conciencia de nuestra pobreza personal? ¿Cómo vivimos ser dependientes del amor de nuestro cónyuge? ¿Qué opináis del pensamiento del padre Caffarel, según el cual la dependencia de amor nos hace libres? Busquemos juntos ejemplos concretos.

4. ¿Cómo y cuándo descubrimos nuestra incompletitud con respecto a Dios? ¿En qué medida nuestra incompletitud respecto a nuestro cónyuge nos ha permitido descubrir una más fundamental, más profunda y aceptarla? Nombremos estos descubrimientos.

5. ¿Cómo se complementan mutuamente nuestra pobreza conyugal y nuestra pobreza absoluta respecto a Dios? ¿Estamos convencidos de que estamos hechos para Dios, de que sin la amistad de Dios somos muertos vivientes? ¿Cómo conquistamos y cuidamos día a día el amor conyugal y el amor a Dios?

¹⁶ Génesis 1, 26-27: Dios dijo: hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza (...)

Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, los creó hombre y mujer.

Génesis 2, 20: "el hombre dio entonces nombres a todos los animales, a las aves del cielo y a todas las bestias del campo. Pero no encontró ninguna ayuda que le correspondiera."

Génesis 2, 22-23: Con la costilla que había tomado del hombre, él formó una mujer y la llevó hacia el hombre. El hombre dijo entonces: "¡Esta vez, he aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne!"

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios,

Del libro del Génesis, Gn 2, 18-23

El Señor Dios se dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle a alguien como él, que le ayude». Entonces el Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó al hombre, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que el hombre le pusiera. Así el hombre puso nombre a todos los ganados, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontró ninguno como él, que le ayudase.

Entonces el Señor Dios hizo caer un letargo sobre el hombre, que se durmió; le sacó una costilla, y le cerró el sitio con carne. Y el Señor Dios formó, de la costilla que había sacado del hombre, una mujer, y se la presentó al hombre. El hombre dijo: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será “mujer”, porque ha salido del varón». Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.

Propuesta de preguntas para compartir en la reunión de equipo

1. ¿Qué descubrimientos hemos hecho al leer los textos del padre Caffarel? Hablemos tanto de nuestro amor conyugal como de nuestra relación personal y de pareja con Dios.
2. ¿Qué frutos del deber de sentarse de este mes podríamos compartir con el equipo?
3. Un amor gratuito de nuestro cónyuge y del Señor se construye día a día. Explicar de qué manera puede convertirse en una fuente de gracia para nosotros y para nuestro matrimonio

Capítulo 4: Vocación del amor

La fuente del amor cristiano no está en el corazón del hombre. Está en Dios. A los esposos que quieren amar, aprender a amar cada vez mejor, solo les puedo dar un consejo, buscad a Dios, amad a Dios, estad unidos a Dios, cededle toda la primacía...

Cuanto más se abran al Dios del amor, más rica será su relación de amor. Ante ellos se abren perspectivas infinitas; su amor nunca acabará de crecer, puesto que pueden abrirse siempre más al don de Dios. Si quieren que su amor sea una llama siempre viva, que amen a Dios cada día más...

El declive de tantos amores se explica por el olvido de este principio fundamental; que alejarse de Dios y pecar contra Él, es pecar contra el amor al separarse de la fuente del Amor. Negarse a Dios es negar al cónyuge su pan cotidiano; el amor. El que pretende valorar el amor mientras cuando desprecia el Amor con mayúscula.

El amor viene de Dios

Quien se separa de Dios, aunque no pierda la capacidad de amar, abandona sin embargo lo mejor de su amor. Por el contrario, este crece a medida que crece el amor por Dios. ***La unión conyugal vale, en calidad humana y en calidad de eternidad, lo que vale la unión de los esposos con Dios.*** Cuanto más se abren al Dios del amor, más rico es el intercambio de amor entre ellos. Ante ellos se abren perspectivas infinitas, su amor no dejará nunca de crecer, puesto que pueden abrirse siempre más al don de Dios. Si quieren que su amor sea una llama viva, cada vez más alta, que amen a Dios cada día más.

Gracias a la oración y los sacramentos, los esposos se acercan a las fuentes de la gracia divina. La Penitencia alimenta la transparencia de sus corazones, y ese germen de fuego, que la Eucaristía deposita en cada uno, ilumina y calienta su vida conyugal. Si se mira bajo este prisma, la confesión antes de la boda y la comunión durante la misa que sigue, adquieren un sentido extraordinario.

El amor va a Dios

Dios está en el origen del amor, pero también está en su término. El amor viene de Dios y va a Dios. Dios es el alfa y el omega. El error está en hacer del amor un absoluto, el fin último, un dios. Sin duda los hombres no cometerían este error si el amor no hablara tan bien de otro amor, ese Amor del que el corazón humano está sediento.

Si el simple amor natural no fuera un anticipo de ese otro Amor, los hombres no fundarían en él tantas esperanzas y no le reprocharían tan amargamente que les decepcionara.

Estaríamos en paz con el amor, si no brillara en él el fuego del Amor, que tiene como misión invitarnos a buscarle a través de él, pero sin detenernos en él. Pues si el amor hace a la humanidad una promesa atractiva, la hace de parte de otro y ese Otro es el único que puede mantenerla. El amor no es más que un mensajero. Dios es su Señor.

El amor humano no es pues “la gran impostura”. No es él el que engaña, son los hombres los que se equivocan. Si hubiera que hablar de trampa, no es el amor el culpable, sino aquellos que hacen de él un Dios todopoderoso, capaz de colmar el corazón humano. Esa es la gran mentira. Engañado, ***el corazón del hombre le pide todo al amor y el amor le decepciona***. ¿Cómo podría ser de otro modo? La criatura no puede saciar un corazón que espera un amor a la medida de su Creador. Esta decepción lleva frecuentemente a perder la fe en el amor: una falta que es tan grave como sería la de idolatrarlo. Después de haber esperado todo del amor, el corazón humano renuncia a lo que sí podría esperar de él; que sea un camino para ir a Dios. Eso es lo primero que debería haberle pedido. El amor humano es un medio y no un fin; pero es un medio poderoso.

Para el corazón humano, el amor es en efecto, la gran oportunidad. Lo saca de sí mismo. Lo hace libre, ofrecido. La llegada del amor es una hora de gracia. ***“Por qué no confiar y seguir a esta fuerza que nos llama a salir de nosotros mismos***, dice una heroína de Claudel¹⁷. Seguir la más allá del amor hasta que nos lleve al autor del amor.

En los amores dichosos, los esposos no tardan en encontrar a Aquel que habita en el centro de su unión...En los amores dolorosos, el

¹⁷ Paul CLAUDEL, *Le Soulier de satin* en Théâtre II, La pléiade, Gallimard, 1965, p. 858

| ***El amor es mucho más que el amor***

sufrimiento ahonda el corazón y prepara el lugar en el que Dios podría habitar, si ese corazón desgraciado no cae en la tentación de la desesperanza, ni tampoco en aquella, más grave todavía, de negar esta hambre de amor y de infinito inscrita en lo más profundo de su ser. En esos hogares que sufren, es también exacto decir que su amor conduce a Dios.

A lo largo de la vida de un matrimonio, un amor vivo nunca deja de ser un camino para ir a Dios, pues es la gran escuela del don y de la abnegación.

El amor es un medio pero es más que eso. Un medio se abandona cuando se ha alcanzado el objetivo, se olvida la barca en la orilla cuando ya no es útil. Los esposos deben conducir hacia Dios ese amor que les ha llevado hacia él. El amor colabora en su salvación cotidianamente; ellos deben trabajar por la salvación del amor. Pero poco a poco se va produciendo un cambio. Mientras que al principio, ellos se valían de la ley del amor para ir hacia Dios, llega un día en que pasan por Dios para ir hacia el amor. O más bien su amor está en Dios y ya no hay que dejar uno para ir al otro.

El amor fuente de gracia

Dios está ya presente en el corazón del simple amor natural y los que le buscan, lo encuentran. Pero en los hogares cristianos, fundados sobre el sacramento del matrimonio, su presencia es infinitamente más real y más eficaz. Propiamente hablando, no es el amor el que se convierte en sacramento. Es el compromiso y la unión que se vive; el amor que ha inspirado ese compromiso y que es alma viva de esa unión, participa en el sacramento; se podría decir de él que ***no es solamente santificado sino también santificante***.

Desde hace siglos, los hombres le pedían al amor la dulzura y la alegría de vivir; le pedían mucho y sin embargo no esperaban todo lo que podría darles. Llegó Cristo y ahora el amor es capaz de transmitir a los hombres la vida divina. El amor causa de alegría, se ha convertido en fuente de gracia. Los hombres le pedían todo; él les da más que todo, puesto que les da la causa de todo; Dios.

Los cristianos casados, como todos los cristianos, recurren a la gracia

de los sacramentos, en especial a la Eucaristía, el más grande de todos, para alimentar su vida espiritual. Pero ¿por qué olvidan tan a menudo que esa misma gracia reside en el centro mismo de su amor, en el que brilla la llama inextinguible del sacramento del matrimonio?

Con palabras del cardenal Bellarmin: ***“El sacramento del matrimonio puede concebirse bajo dos aspectos; el primero, el acto que lo crea, el segundo, mientras dura después de haberse efectuado. Es en efecto un sacramento parecido a la Eucaristía, que es un sacramento no solamente del momento en que se hace presente, sino que también permanece en el tiempo; pues, mientras los esposos vivan, su unión será siempre el sacramento de Cristo y de la Iglesia”***.¹⁸

El amor, mensaje de Dios

Alabanza a Dios, el amor debe ser también un mensaje de Dios.

La obra es testigo del talento del artista; tal pieza, por ejemplo, nos sumerge en la vida profunda de J. S. Bach. De la misma manera las criaturas nos hablan del Creador y nos revelan sus pensamientos y sus perfecciones; los cielos estrellados nos comunican su ciencia, el océano nos manifiesta su poder, la mirada clara de un niño nos deja entrever su pureza. Pero el amor nos hace una confidencia mucho más profunda, infinitamente más enriquecedora para el corazón humano; nos enseña el amor que habita el Corazón de Dios.

Un gran amor humano prueba que el amor existe sobre la tierra, lo que es ya una noticia singularmente importante para tantos de nuestros contemporáneos que han perdido la fe en el amor, pero sobre todo, nos ofrece una imagen auténtica de ese amor del Padre y del Hijo en la unidad del Espíritu Santo: proclama que Dios es amor. El amor humano es la referencia que nos ayuda a comprender el amor divino. Por su poder de hacer de dos personas una sola, salvaguardando la personalidad de cada uno, el amor nos permite comprender la misteriosa unión de Cristo con la humanidad y el matrimonio espiritual del alma con su Dios.

Este es el mensaje de Dios que el amor conyugal lleva a los hombres. Su importancia nos permite conocer el valor y la confianza que Dios le otorga.

¹⁸ Citado por PIO XI en la Encíclica Casti Conubi, Roma, 31 de diciembre de 1930

EN POCAS PALABRAS

Para el Padre Caffarel existe una diferencia fundamental entre el amor que se tienen las parejas cristianas y el de otras personas no creyentes. Se trata de ubicar correctamente la fuente de este amor, que algunos piensan que depende exclusivamente de nosotros. En cambio, tener la certeza de que está en Dios nos puede proporcionar un plus de profundidad y de calidad. Tener claro dónde está la fuente nos abre a un mundo de posibilidades y de crecimiento en ese amor. En cambio, el declive de tantos amores se podría explicar por un alejamiento de Dios y el pecado que significa separarse de la fuente del amor.

Para acercarse a Dios tenemos la oración y los sacramentos, que pasan a asumir una nueva dimensión al convertirse en fuente y alimento de nuestro amor. Además, esta gracia donde encontramos el origen del amor también es el destino final. Dios es el principio y el fin, el alfa y el omega. El amor viene de Dios y va a Dios.

Pero el amor humano tiende a decepcionar ante la sed inmensa que todos tenemos de un amor absoluto. Y es que, este amor absoluto sólo lo puede dar Dios. Hacer un absoluto del amor humano es un error muy frecuente, pues los sentimientos pueden ser cambiantes y muchas veces no somos capaces de satisfacer las demandas de un amor que solo puede satisfacer Dios.

A lo largo de la vida de un matrimonio, un amor vivo nunca deja de ser un camino para ir a Dios, una herramienta que, en el camino de santidad que seguimos juntos, nos ayudará a alcanzar a Dios. Porque Dios está ya presente en el amor humano, pero en las parejas cristianas fundadas sobre el sacramento del matrimonio, su presencia es más real, más santificante, pues es fuente de gracia dado que este Amor sí que es capaz de satisfacer nuestros deseos más profundos.

La potente imagen de un matrimonio que se ama profundamente, es verdadera imagen de Dios y un poderoso testimonio. Este amor humano ayuda a los demás a entender mejor el amor divino, pues Dios es amor.

LA SENTADA

Pistas para la sentada :

Hoy se espera demasiado del amor conyugal; que acoja, que se adelante, que se comunique, que comprenda, que responda, que aguante, que proteja.....Se espera demasiado del otro, que es una persona imperfecta y limitada como nosotros mismos. Se cree que toda soledad va a ser saciada, que toda inseguridad va a desaparecer, que todo diálogo llegará a las profundidades del alma, que todo error quedará excusado. Y si alguno de los dos falla, es la decepción, es el fin. Uno esperaba un amor sin fisuras, sin excusas, sin reproches; un amor perfecto, incondicional y total.

Dios ha puesto tal sed de amor en el corazón del hombre que este lo busca incansablemente a lo largo de toda su vida y cree poder encontrarlo de manera privilegiada en el amor conyugal, pero sólo Dios es la respuesta a esa búsqueda. Esta sed no quedará saciada totalmente por otro ser humano. Olvidamos la fuente y la buscamos allí donde ella se refleja, pero ese reflejo, incluso siendo ya una promesa, no puede substituir a la fuente verdadera.

Propuestas de preguntas para preparar la sentada:

1. ¿En qué medida ya hemos experimentado las decepciones mencionadas anteriormente? Démonos ejemplos concretos en nuestra relación. ¿Qué explicaciones podemos dar a estas situaciones?
2. «La fuente del amor cristiano no está en el corazón del hombre. Está en Dios». ¿Qué pensamos de esta afirmación tan fuerte del Padre Henri Caffarel? ¿En qué medida, en nuestra pareja, una cierta distancia respecto a Dios, o incluso en algunos casos un olvido de Dios, ha podido perjudicar la calidad de nuestro amor conyugal? A la inversa, ¿cuáles fueron las consecuencias en nuestro amor conyugal cuando uno, otro o ambos tuvimos mayor proximidad al Señor? ¿cómo podemos hacer para que esté cada día más presente?

| *El amor es mucho más que el amor*

3. «Mientras que al principio recorrían el camino del amor para ir a Dios, llega un día en que parece más verdadero decir que pasan por Dios para ir al amor. O más bien, su amor está en Dios y no hay que abandonar uno para ir al otro». Dependiendo del tiempo que llevemos casados, esta etapa tal vez aún no haya surgido. En cualquier caso, ¿Qué pensamos de esta afirmación? ¿La vivimos en nuestra relación conyugal? En caso de sí haberla vivido, ¿Qué obstáculos encontramos en este camino y cómo podemos remediarlos?

4. «Dios ya está presente en el corazón del simple amor natural, decíamos, y quienes lo buscan allí lo encuentran. Pero en los hogares cristianos fundados sobre el sacramento del matrimonio, su presencia es infinitamente más real y más eficiente». ¿cómo definiríamos nuestro sacramento del matrimonio? ¿Cómo lo vivimos? ¿Cuáles son sus efectos tangibles en nuestra relación conyugal?

5. El Padre Caffarel insiste en las gracias proporcionadas por el amor conyugal y por el sacramento del matrimonio. ¿Podemos nombrarlas y explicarlas tal y como las vivimos en nuestra relación?

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios

Carta de San Pablo a los Romanos, Rm 8, 31-39

Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quien acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quien condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: ***Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza.*** Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Propuesta de preguntas para compartir en la reunión de equipo

1. Compartamos el fruto de nuestra reflexión durante la sentada con relación a cómo vivimos el sacramento en nuestra relación conyugal.
2. «Si hay que hablar de engaño, no es el amor el culpable, sino aquellos que de él hacen un dios todopoderoso, capaz de saciar el corazón humano. He ahí la gran mentira».

Seguramente hemos hecho esta constatación para nosotros mismos o para nuestros allegados. ¿Cómo nos impulsa esto a ser testigos de la buena nueva del matrimonio cristiano? En particular, ¿frente a nuestros hijos, nietos, ahijados...? ¿Cómo podemos protegernos del riesgo de que algún día consideremos que nuestro amor humano será suficiente para sentirnos completamente saciados?

| *El amor es mucho más que el amor*

3. Se habla a menudo de las gracias del sacramento del matrimonio. Después de la lectura de estos textos del Padre Henri Caffarel y de nuestro deber de sentarse, ¿podemos nombrarlas distinguiendo las gracias vividas y aquellas que son más difíciles de percibir para nosotros? ¿En qué medida nos conforta esto a la hora de sentir la presencia de Dios en el amor conyugal? ¿Consideramos nuestro sacramento del matrimonio como un tesoro? ¿nos conduce hacia la santidad? ¿Nos insta a testimoniar?

4. Cómo podríamos apoyarnos en nuestro sacramento del matrimonio para sobreponernos a algunas dificultades y para que nuestro amor sea cada vez más desinteresado?

5. ¿Cómo nuestra oración personal y conyugal nos permite «beber de las fuentes de la gracia divina»? ¿De qué manera «este germen de fuego» que es la Eucaristía, «ilumina y calienta nuestra vida conyugal»? ¿Nos preocupamos de determinar juntos, antes de cada Eucaristía, la ofrenda común que vamos a llevar para que nuestra vida conyugal sea concretamente transformada?

Capítulo 5 : Curar el amor

El texto que presentamos a continuación propone una serie de consideraciones generales que el Padre Caffarel proponía a los llamados “Hogares que sufren”, matrimonios que ante las dificultades podrían tener tentación de alejarse o abandonar. Son una serie de propuestas llamadas remedios que pensaba podrían ser de utilidad para muchos.

Un esfuerzo de lucidez

Lo primero que hay que hacer es un esfuerzo de lucidez; ***hay que querer ver***; incluso si eso conduce a descubrimientos que hacen daño, y sobre todo, si eso nos lleva a desenmascarar errores personales, a condenarnos a nosotros mismos. ¡Qué bueno sería que este esfuerzo pudiera realizarse a dos! A decir verdad, en el momento en que los esposos lo emprenden juntos, ya no están desunidos. Hay que hacer todo lo posible para que un día esta conversación pueda tenerse. “Todo lo posible” no significa forzar las cosas; muchas veces es de sabios saber esperar, contemperizar; un paso en falso puede amenazar y retrasar considerablemente la hora de la curación. Y también es verdad que, si hay que saber esperar, por prudencia, con paciencia, sería malo eludir las cuestiones por cobardía. Todo lo que toma la forma de fantasmas amenazadores en la oscuridad, se desvanece como por encanto cuando se hace la luz.

Iluminar, es buscar las causas del mal. Las más visibles no son las más reales; no hay que dejarse hipnotizar por ellas. Hay que dar siempre un paso adelante. Sin miedo a constatar los defectos del cónyuge, sobre todo no debemos cegarnos ante los propios. Hay que mirarlos cara a cara. Desde luego, no tanto como para hundirse; desesperarse no es una solución, sino para reconocerlos ante uno mismo y quizás, si llegó el momento, ante el otro. Yo creo de verdad que ciertas situaciones se envenenan porque los esposos no se atreven a hacer el esfuerzo de buscar con franqueza. Si lo hubieran hecho quizá todo se hubiera solucionado más rápido. La verdad libera.

Una vez identificadas las causas del mal, habrá que buscar los verdaderos remedios. El paliativo calma momentáneamente el dolor, pero como no trata la causa, no la cura.

Cambiar el corazón

El primero de los remedios es a menudo ***cambiar el corazón***. Yo sé que se espera más bien que sea el otro el que cambie; pero si los dos actúan así, es muy posible que todo quede estancado. ¡Cuántas cosas hay que rectificar en el fondo del corazón! Y sobre todo ¿no encontramos en él una y otra vez siempre viva, la raíz de esta mala hierba que es la ilusión de la felicidad? Como si la felicidad perfecta pudiera existir sobre la tierra, como si el matrimonio nos pudiese aportar una felicidad completa... Cuántas catástrofes tienen su origen en esta ilusión de las parejas jóvenes. Es necesario, de una vez por todas, desecharla.

Luego, habrá que luchar contra las decepciones y sus venenosos frutos. Pienso sobre todo en esos rencores, esos resentimientos que proliferan en un corazón que se cree atacado. Si miráis todo esto desde más cerca, quizá percibáis un sentimiento que todavía no he querido nombrar y al cual muy pocos se atreven a llamar por su propio nombre; el odio. No os precipitéis al leer esta palabra y creáis que va demasiado lejos. Sé bien que en las vidas sobrecargadas de hoy en día, se pierden fácilmente los nervios, sin que haya mala intención. Y procuro no confundir la impaciencia con el odio. Pero sé también que es peligroso dar rienda suelta a esos enfados que, inofensivos en un principio, envenenan el corazón poco a poco y pueden suscitar odio; tengamos la valentía de llamar por su nombre a ese reptil que en ciertos momentos se despierta en nuestro interior, se yergue y silba. ¿Tantas reacciones descontroladas no se producen por causa del odio?

Esa alegría de sorprender al otro en el error, esa áspera necesidad de tener razón en su contra, esa venenosa alusión a faltas pasadas, esa búsqueda de fallos, como un cazador que añade más flechas a su aljaba, esa obsesión celosa de no dejar ninguna ocasión sin deslizarse el veneno del desprecio, a través de una palabra, de un gesto ¿No es eso odio, más o menos grave según los casos, pero siempre dañino? Durante un tiempo puede cohabitar en el alma con el amor, pero un día, como un parásito invasor, lo ahogará. Me excuso si puedo parecer cruel con lo que digo, pero no se cura una herida sin hacer sufrir al paciente. Es verdad que hay corazones pacientes y generosos, infinitamente buenos y misericordiosos, que no conocen este sentimiento. Sin duda son raros,

pero además, incluso ellos, no están a salvo de las tentaciones del odio.

Hay que cultivar en uno mismo el antídoto del odio; la misericordia que perdona. Perdonar es arrancar la página sobre la que se anotaban, con malicia o con rabia, las deudas del cónyuge y recuperar el don sin reserva que le hicimos. Creo que tocamos ahí uno de los centros neurálgicos de la vida del matrimonio. Es inútil buscar otros remedios mientras que no se ha obtenido la ***gracia de saber perdonar*** “setenta veces siete”, si fuera necesario. ¡Qué alivio el del corazón que sabe perdonar! Se pone punto final a ese clima letal de quejas, reproches, reivindicaciones. Sin duda el dolor permanece pero ya no hay amargura. Y puesto que uno ha optado por el perdón, no el perdón altanero del orgulloso, sino el perdón humilde de aquel que no duda en reconocer sus propios errores, quizá el otro pueda renacer al amor.

Cambiar el corazón es también y todavía más, ***cambiar la mirada***. Abandonar la mirada crítica para adoptar una mirada de amor, esa que, a través de la corteza más o menos rugosa adivina una savia viva, que está al trabajo en el interior y prepara los brotes que serán flores en una primavera más cercana de lo que uno cree. ¿Quién os dice que detrás de esa persona, aparentemente indiferente, dura o enconada, no hay un corazón de niño que llora, o que sangra y que pide auxilio? Tantos adultos, aparentemente malos, no son más que pobres chiquillos que tienen necesidad de que alguien les acune. Tantas cosas y tantas personas les han decepcionado o herido, que no se atreven a creer en el amor y se revisten de una armadura para protegerse de los golpes. Vuestra mirada de amor atravesará la armadura.

Trabajar por la felicidad del otro

Pero no es suficiente con cambiar el corazón, hay que amar. Y si se ha olvidado como se ama, hay que reaprender y reencontrar ese amor que os hacía decir en los días de vuestro noviazgo ¿Seré capaz de hacerle feliz? Y que se prometía no escatimar nada para ello. Volved a las resoluciones de esas horas radiantes. Comprended lo que puede doler en vuestra manera de actuar y evitadlo escrupulosamente. Adivinad sus deseos, esforzaos por responder a ellos. Que nada de su mundo os sea ajeno; interesaos por sus pensamientos, sus sentimientos, sus alegrías, sus penas, sus proyectos. Discernid, en lo que es y en lo que

| ***El amor es mucho más que el amor***

hace, lo que merece vuestra admiración y hacédselo ver. No dejéis de reconocer los gestos de delicadeza, por muy pequeños o torpes que sean, con los que intenta testimoniaros un poco de amor. Así le alentaréis a amar. Animadle también a dar; hay que saber tener necesidad del otro. Quizá este resorte que en toda persona es imagen de la más secreta impulsión del corazón de Dios no está todavía muerto: el deseo de hacer dichosos a los demás.

¿Os habéis dado cuenta de que no he hablado de trabajar en la conversión de vuestro cónyuge, por muy necesaria que fuera, sino solamente de ***preocuparos por su felicidad?*** Creo de verdad que el mejor medio, preferible a todos los sermones y a toda insistencia que se vuelve incómoda, para obtener la transformación del otro, es trabajar por su alegría.

Compartir

Amar es también compartir. Es difícil compartir cuando uno está ante una persona que no tiene hambre; pero no hay que renunciar a ningún precio. Cuando hablo de compartir, pienso sobre todo en la puesta en común de los bienes espirituales. Si no le dejáis ver vuestra alma, con sus deseos, sus alegrías, sus aspiraciones, su vida profunda ¿cómo queréis que os ame? Lo que un día le llamó la atención y despertó su corazón fue el descubrimiento de tu alma; pero si hoy te has puesto la “coraza”, si le niegas lo que es más amable de tu persona, no le ayudas a amar. ¿Por qué tantos esposos olvidan que una de las grandes leyes del amor es la de permanecer cada día a la conquista del otro? Igual que en los primeros días, el medio continúa siendo el mismo; gustarle. (...)

No dudo en añadir; sabed compartir vuestras quejas. Desconfiad de ese muro de silencio que separa mucho más a las personas que los mares o los continentes. Pero hay maneras y maneras.... Admitid la reciprocidad. Provocadla incluso. ¡Qué buenas pueden ser esas horas, en las que, en la quietud de la noche, calmado ya todo nerviosismo, los esposos se confían el peso que llevan en el corazón! No para aliviar su egoísmo, sino por amor. Una queja confesada....

Recurrir a las gracias del sacramento del matrimonio

Querría terminar diciéndoos el verdadero motivo para tener esperanza; vuestro sacramento del matrimonio. Él es en vosotros una fuerza activa que se vale de los menores esfuerzos e incluso de los errores y defectos, para favorecer vuestra unión. Pero necesita vuestra ayuda. “Lo mismo que en la naturaleza las energías que Dios ha creado no se manifiestan con todo su vigor y corren el peligro de no conseguir ningún fruto, más que si los hombres las hacen fructificar con su propio trabajo y esfuerzo, las fuerzas de la gracia, que el sacramento ha hecho brotar en el alma donde permanecen, también deben ser fecundadas por la buena voluntad y el trabajo de los hombres”¹⁹ (Pío XI).

Lo que permitirá a ese gran sacramento ejercer su plena eficacia es vuestra confianza. Multiplicad los actos de fe en su fortaleza y obtendréis su gracia que sana, pacifica, reconforta y unifica. Pío XI escribía; “tenéis derecho a la ayuda de la gracia” ¿Comprendéis lo formidable de estas palabras; “tenéis derecho”? El hundimiento de un matrimonio tiene su origen muchas veces en el hundimiento de su fe. El verdadero cristiano sabe que no hay situación desesperada; si golpea la roca, puede brotar agua, el corazón más duro puede abrirse, el desierto puede florecer. ¡Qué bello es este amor que ha pasado la prueba! mucho más fuerte, más puro y más transparente que el del primer día; ¡Qué bien se está bajo su techo!

¹⁹ Pío XI, Encíclica Casti Conubi, III, 31 de diciembre 1930

EN POCAS PALABRAS

El Padre Caffarel nos ofrece un manual antológico de resolución de conflictos en el seno del matrimonio. Nos habla de la importancia de tener la voluntad de arreglar las cosas y mostrar un esfuerzo de lucidez en el camino de la sanación del amor: “hay que querer ver”. Y lo mejor es afrontar este proceso juntos, lo que no es nada fácil. Hay que saber esperar el momento adecuado para los dos, pero sin eludirlo por una cierta cobardía. Al final, la gracia de Dios siempre nos acompañará y arrojará su luz sobre nosotros. Y hay que ser valiente para saber reconocer nuestras debilidades con honestidad. Debemos pedir la mirada de Jesús para ver la verdad en nuestra relación.

Desde la verdad, ganaremos libertad para buscar remedios y cambiar el corazón. Lo primero que deberíamos cambiar es la idea de que debe ser el otro el que cambie. Es posible que esto sea cierto, pero tenemos poca capacidad para lograrlo. Sin embargo, sí podemos cambiarnos nosotros mismos, nuestra manera de ver y de esperar. En una relación de años se pueden desarrollar sentimientos muy negativos respecto a nuestro cónyuge, de rencor e incluso odio. Quizás no a la persona, pero sí a ciertas actitudes suyas. Si dejamos crecer esta mala hierba sin tratarla, ahogará nuestro amor. Es aquí donde debemos cambiar nuestro corazón y dejar entrar la luz del perdón, que es el antídoto del odio. Saber perdonar “setenta veces siete” si fuera necesario y cambiar la mirada crítica para adoptar una mirada amorosa serán nuestros desafíos para cambiar el corazón.

Pero el Padre Caffarel va más lejos y afirma que no sólo hay que cambiar el corazón, sino que hay que amar. Y si se ha olvidado, hay que reaprender recordando cómo nos queríamos en nuestro noviazgo, cuando trabajábamos por la felicidad y la alegría del otro, que es el mejor medio para transformarlo.

Finalmente, nuestro mayor motivo de esperanza está en nuestro sacramento del matrimonio. Este sacramento, como todos los sacramentos, es una fuente de gracia cuando lo ponemos a trabajar mediante la oración y la fe. El padre Caffarel afirma que el hundimiento de un matrimonio tiene su origen muchas veces en el hundimiento de su fe.

LA SENTADA

Pistas para la sentada

Es imposible vivir juntos a lo largo de los años y que la rutina no aparezca irremediablemente. La vida en gran medida está hecha de rutinas a las que uno no puede escapar. Los días se suceden con casi los mismos horarios, las mismas tareas, la misma repetición de gestos, las mismas dificultades.

Los diálogos se acortan o bien son repetitivos. Las palabras muchas veces no expresan más que lo que sucede y a menudo solo lo que sucede mal; dificultades en el trabajo, desencuentros con los compañeros, pequeños problemas relativos a los hijos, malentendidos con las familias de origen o lo que es peor quejas y exigencias. La rutina puede provocar una crisis insidiosa que marchita la vida, los proyectos y los sentimientos.

Uno se contenta con hacer día tras día lo que hay que hacer. Se sabe que no es culpa del otro pero sin embargo se le acusa interiormente de no llegar a romper ese círculo cerrado que ha construido el aburrimiento, en el cual los dos se sienten prisioneros. Uno se contenta con aguantar, con soportar, con decirse que la vida es así y que no se puede hacer nada. Y sin embargo para que el amor siga vivo hay que incorporar lo imprevisto, la sorpresa. El amor necesita no quedarse en los sobreentendidos, hacerse presente con las palabras, con los gestos, con lo que puede relanzar su vitalidad.

Y si el perdón se hace necesario comprobaremos que el perdón es posible y es ocasión de una renovación mila grossa del amor si se da y se recibe como debe ser dado y recibido. Si son altivos, los perdones engendran rebelión, rechazo. Si son reticentes, hunden al otro pues le hacen siempre temer una recaída. Sin amor no pueden ni liberar ni salvar. El verdadero perdón, fruto de un amor muy puro, que solo Dios puede engendrar en nuestros corazones, puede hacer surgir una nueva vida en el corazón de aquel que perdona y de aquel que es perdonado.

Propuestas de preguntas para la sentada

Mirada lúcida sobre la «rutina»: la rutina es lo que salva la pareja... Sorprendente como afirmación. ¿Por qué?

Imaginad que cada día al levantarse os hicierais las siguientes preguntas:

- ¿Dónde dormiré esta noche?
- ¿Dónde trabajaré hoy?
- ¿A quién amaré a lo largo del día?

Si esto sucediera sucesivamente nuestra vida sería invivible porque la ansiedad inundaría nuestros días. El ser humano necesita una base segura. ¿Para qué? Precisamente para poder introducir su parte de creatividad e imprevisto. Precisamente esta seguridad, esta confianza en el otro que está asentada sobre una organización humana, nos permite sorprendernos mutuamente e inventar «regalos» para el otro donde el amor se alimenta.

1. Seguramente hemos experimentado la rutina en nuestra vida conyugal y hemos podido constatar que puede volver nuestro amor más soso, aburrido e incluso que podría conducir a una crisis más o menos bien superada. ¿Podemos nombrar lo que para vosotros constituye una rutina pesada? ¿Cómo podemos en estos casos, introducir novedad, imprevisto, fantasía, humor...? ¿Qué palabras, qué gestos permitirían relanzar la vitalidad de nuestro amor y nuestra propia vitalidad?

2. “Un esfuerzo de lucidez que necesita estar preparado”.

En un primer momento, que puede ser de preparación personal, se puede responder a las siguientes preguntas, si es posible por escrito:

- ¿Cómo nos sentimos en nuestra vida? ¿Cómo nos sentimos en nuestra pareja? ¿Tengo puntos delicados, dolorosos de los que me gustaría hablar con el otro? ¿Cuáles?
- ¿En qué punto se encuentra nuestro amor? ¿Cómo ha evolucionado desde el asombro del primer día? ¿Pudo haber sido

dañado en algún momento por nuestra actitud?

En un segundo momento, compartamos nuestras respuestas con nuestra pareja:

- Lo que cada uno ha escrito por su lado
- Las propias carencias que hemos identificado individualmente y como pareja., Tratemos de determinar sus causas. Finalmente, esforcémonos por encontrar remedios frente a todo lo que daña nuestro amor conyugal.

3. Cambiar el corazón.

Entre los remedios identificados durante el compartir de la cuestión anterior, probablemente hayamos señalado la necesidad de cambiar nuestro corazón.

El Padre Caffarel nos habla de la ilusión de la felicidad, la ilusión de una felicidad perfecta y fácil en la tierra. ¿En qué medida esta ilusión sigue siendo en ocasiones vívida en nuestra mente?

Solo el perdón incesante permite recuperar la actitud del don sin reservas, una mirada de amor y no ya una mirada crítica. ¿De qué forma hemos podido experimentarlo?

4. Trabajar en la felicidad del cónyuge.

El padre Caffarel nos dice: «Hay que amar». Es necesario volver a aprender a amar, recuperar ese amor del primer día totalmente orientado hacia la felicidad del cónyuge.

A este respecto, digamos de qué maneras nos interesamos por sus pensamientos, sus sentimientos, sus alegrías, sus penas, sus quehaceres. ¿Seguimos admirando a nuestro cónyuge? ¿Cómo lo manifestamos y cómo percibe o no esta admiración?

5. Amar es compartir.

Intercambiamos sobre la manera en que compartimos los bienes espirituales, la vida espiritual, nuestra alma y nuestro corazón profundo, pero también nuestras alegrías y nuestras quejas.

| *El amor es mucho más que el amor*

6. Finalmente, ¿no podríamos, si aún no lo hacemos, tomar cada noche un momento de relectura de la manera en que hemos vivido y sentido el amor conyugal? Demos gracias por lo hermoso que hemos vivido y pidamos perdón por nuestras carencias.

Y así sucesivamente, sería invivible, la ansiedad inundaría nuestros días. El ser humano necesita una base segura. ¿Para qué? Precisamente para poder introducir su parte de creatividad e imprevisto. Y esta seguridad, esta confianza en el otro asentada sobre una organización humana, nos permite sorprendernos mutuamente e inventar «regalos» para el otro donde el amor se alimenta.

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios

Carta de San Pablo a los Colosenses, Col, 3, 12-17

Así pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Propuesta de preguntas para compartir en la reunión de equipo

En este capítulo hemos propuesto numerosas y variadas preguntas para la sentada. Proponemos que en la reunión haya un tiempo de intercambio sobre este punto concreto de esfuerzo. Cada matrimonio puede elegir las preguntas sobre las que haya reflexionado y quiera compartir en la reunión de forma más específica.

Capítulo 6: Cultivar el amor conyugal

El ágape conyugal

Para marcar la originalidad del amor fraternal cristiano, para que no se le asimile a otra forma de amor, los escritores del Nuevo Testamento utilizaron una palabra griega cuyo uso no era corriente: *agapé*²⁰. No sabríamos cómo traducirlo al español.... El término amor es demasiado conocido; en cuanto al término caridad, que es su verdadera traducción, ha quedado totalmente banalizado y vulgarizado con el invento de las tómbolas y rifas de caridad... Hasta tal punto, que esa palabra, noble entre todas, se ha convertido en el lenguaje corriente, en sinónimo de una condescendencia vagamente piadosa (...)

Cristo nos invita a amar a todos nuestros hermanos. Pero como es imposible amarles a todos con un mismo amor concreto y eficaz, el Señor nos quiere particularmente comprometidos con algunos, para que con ellos lleguemos lo más lejos posible en la práctica del ágape. Y me parece escuchar a Cristo decirles a los cristianos casados: “En primer lugar, sois vosotros los que tenéis que vivir mi mandamiento en la relación humana más estrecha, más fuerte, más íntima: el matrimonio. *“Amaos el uno al otro como yo os he amado”*”.

Amor y ágape

“Amaos el uno al otro, como yo os he amado”. ¿Qué vais a hacer, marido y mujer para responder a esta exigencia de Cristo, para conseguir acrecentar este amor, este ágape conyugal? Puesto que este amor es de origen divino, como ya hemos visto, tenéis que fundamentarlo, en primer lugar, en sus orígenes divinos: mediante la meditación de la Palabra de Dios, por la recepción de la Eucaristía, por la oración. Puesto que este amor es vuestro, os ha sido dado y lo vivís, tenéis que ejercitarlo. De no ser así, como todo lo que no se ejercita, muy pronto se debilitará. Pero ¿qué se entiende por cultivar el amor conyugal? Sobre eso vamos a reflexionar juntos.

No penséis sobre todo que practicar el ágape es no tener en cuenta los elementos humanos del amor conyugal. Mirad a Cristo, puesto que debemos amar como él. Cuantas veces el Evangelio nos lo

²⁰ Ágape designa en primer lugar el amor con el que las personas divinas se aman entre ellas, después el amor con el que aman a los hombres y finalmente ese mismo amor, propio de Dios, pero comunicado al hombre a fin de que él ame a Dios y a todos los hombres. El ágape propuesto por el mandamiento nuevo es entre todas las formas de ágape, el ágape fraternal, aquel que se establece entre los discípulos de Cristo

muestra afectuoso con sus apóstoles y con los niños de Palestina, lleno de compasión ante las penalidades humanas y sus lágrimas ante la tumba de Lázaro arrancan a los judíos esta exclamación: “Cuanto lo quería”. Amar con ágape no es renunciar a los modos humanos de amar, sino dejar pasar, a través de todas las palabras y de todas las manifestaciones del amor humano, la fuerza de este amor que sólo se logra en el corazón de Dios.

Vamos a ver pues en qué se convierte el amor humano bajo el impulso del ágape y para ceñirnos bien al tema, partamos de las leyes fundamentales del amor conyugal que son estas; conocer y darse a conocer, cuidar y dejarse cuidar, dar y recibir.

Conocer y darse a conocer

Amor y conocimiento van unidos: para poder amar hay que conocer primero, esto es evidente. Pero, ¿habéis observado que vuestro amor, para continuar vivo, exige un conocimiento siempre renovado de vuestro cónyuge? Yo por mi parte he constatado a menudo que la negación y la distracción de la mirada, precede y conduce al declive del amor y que, por el contrario, una atención fiel engendra la fidelidad del corazón.

Continuemos con el análisis. El amor conyugal es una realidad compleja; formada por un manojo de impulsos más o menos ligados, jerarquizados. Todos deben ser tenidos en cuenta con el riesgo de que la caída de uno arrastre a los otros. Y la ley del conocimiento es básica en cada uno de ellos. Es peligroso para un joven recién casado no ver ya las cualidades morales de su esposa, pero no lo es menos que no se maraville del encanto de su rostro, o no se dé cuenta de sus gestos de ternura.

Lo más grave sería perder de vista el yo profundo del otro. Efectivamente, el fundamento del verdadero amor conyugal es el descubrimiento de una persona en lo que tiene de original, único. Recordadlo... ¿Qué es lo que despertó en vosotros, llamó, conquistó, atrajo vuestro yo íntimo, sino la visión, en esa persona que se cruzaba en vuestro camino, de su “rostro interior”? Sin duda ya os habíais fijado en sus cualidades físicas, pero no hubieran sido suficientes para despertar una cierta calidad de amor, si no hubierais descubierto en él o en ella, una belleza más misteriosa. Pero, qué fácilmente pierde nuestra mirada ese don milagroso de una “doble visión”. Por eso, lanzaos y relanzaos sin cesar

| ***El amor es mucho más que el amor***

al descubrimiento del otro, nunca renunciéis a ello...

Si el marido y la mujer se miran cada día con una mirada nueva, su amor no dejará de ser siempre más joven y más vivo. Si se saben engendrados por Dios, su mirada entonces intentará descubrir en el otro una belleza totalmente distinta, su rostro de hijo de Dios. No tildéis esto de misticismo: el cristiano cuya mirada de fe se afina, aprende a mirar a las personas con esa transparencia. Es un poco como si Cristo le comunicara su propia mirada, esa mirada que san Marcos evoca en el episodio del joven rico; ***“Jesús fijó su mirada en él y le amó”***. Estoy convencido de que algunos de vosotros estaríais dispuestos a testimoniar que vuestro amor quedó transformado el día en que mirasteis así a vuestro cónyuge.

Pero es evidente que solo consiguen conocerse en profundidad, los esposos que se esfuerzan por darse a conocer, los que cultivan la virtud de la transparencia. Compartir el universo de tus pensamientos y de tus sentimientos, tu personalidad íntima, no se hace sin dificultad. Hay muchas tendencias que conspiran en contra de esta apertura; pudor, timidez, avaricia del corazón. La más grave entre todas es la insidiosa tentación de levantar un muro en represalia por una falta de delicadeza, por una ofensa, verdadera o imaginaria.

Hay que evitar una y otra vez estas tendencias y estas tentaciones. ¿Cómo se lanzará el otro a nuestro encuentro, si nosotros no le dejamos ver las cualidades que podrían seducirle, las carencias que motivarían su afectuosa compasión? Un amigo que no me perdona el haber nacido en Lyon me comentó un día una pretendida definición de lionés: “Nos contentamos con suponer que está lleno de perfume, pero sin destaparlo; pero si quiere que lo apreciemos y amemos..., debe dejar que abramos el frasco”

El ágape va exigiendo más y más; que permitáis a vuestro cónyuge introducirse en vuestra intimidad con Dios, a ejemplo de Cristo que permitió a sus apóstoles ser testigos de su encuentro cara a cara con el Padre cuando, antes de dejar el Cenáculo, para irse al huerto de los Olivos, oró ante ellos su gran oración sacerdotal. Rezar en voz alta, marido y mujer, uno al lado del otro, hablar regularmente de vuestra vida interior, compartir vuestros descubrimientos en el terreno de la fe, ¿no es una condición esencial para llegar a conoceros el uno al otro como Dios os conoce? (...)

Cuidar y dejarse cuidar

Esta segunda ley se encadena con la primera. ¿cómo no vais a querer contribuir al perfeccionamiento pleno de la persona de la que habéis entrevisto sus cualidades, su valor único, su potencial para el bien y la felicidad?

Contrariamente a lo que se piensa, estoy convencido de que, para una persona de buen corazón, el primer paso de amor - si ese amor está fundado en el descubrimiento del yo profundo del otro- es el de la más pura donación y entrega, es una voluntad ardiente y desinteresada de que el otro llegue a su máximo desarrollo. Lo habréis experimentado. Estoy seguro. Es verdad que en seguida aparece un segundo paso, más interesado, pues pensáis también que el amor de esa persona os dará alegría y será provechoso para vosotros mismos. Todo se reduce entonces a saber, si antepondrás su bienestar, o no,- y si no lo haces el amor verdadero no habrá durado más que “lo que dura de una mañana”.

La búsqueda del bien del otro es el alma de todo amor verdadero. Exige que sometáis en vosotros el viejo instinto de reivindicación y acaparamiento y que traduzcáis esa búsqueda en la cotidianidad de vuestros actos. A veces, querer el bien del ser amado exige negarle una satisfacción inmediata, que podría perjudicar su felicidad a largo plazo. No siempre es fácil. Hay momentos en que amar es aceptar hacer sufrir.

Pero para unos hijos de Dios, no se trata solamente de promover el bien y la felicidad humanas del otro, cada uno se sabe y se quiere responsable del progreso de la gracia del Señor en aquel a quien ama. Nuestra ambición más grande debe ser el avance del otro hacia una intimidad siempre más estrecha con Cristo. Claro que podemos sentir, alguna vez, un pequeño pinzamiento en el corazón, viendo aumentar en nuestro cónyuge la influencia de Cristo, pero también sabemos que el Señor no secuestra los corazones que se entregan a él.

Tomarse a cargo mutuamente, aceptarse responsables del progreso el uno del otro, implica que cada uno reconozca que tiene necesidad del otro. Es fácil recurrir al otro para servicios banales y satisfacciones superficiales, pero aceptar tener necesidad de él en profundidad,

| *El amor es mucho más que el amor*

confiarle pobreza, debilidades, ignorancias, para que acuda en vuestra ayuda, no lo es tanto. No es que eso sea una exigencia insoslayable del amor, pero ¿no os habéis dado cuenta de que a menudo el mejor medio de promover el progreso moral de una persona, es tener necesidad de ella, estimular su amor y su generosidad al pedirle lo que necesitamos?

El cristiano contará con su cónyuge en su esfuerzo por despojarse de los comportamientos y sentimientos del “hombre viejo” y adquirir los sentimientos y los comportamientos de un verdadero hijo de Dios. No se trata de esperar del cónyuge que sea vuestro director de conciencia en el sentido estricto del término; pero si no tiene los poderes de un sacerdote, tiene otros que son precisamente aquellos que pueden ayudar a su compañero de camino a crecer en caridad. Sin duda algunos de vosotros os habréis alegrado enormemente al constatar que la costumbre de recurrir humildemente a la ayuda espiritual del otro, de pedirle apoyo, sostén, acompañamiento, ha sido finalmente el mejor medio de ayudarle en su progreso espiritual. Pues él ha podido sentir que para no decepcionar la confianza puesta en su persona, tenía que estar siempre más unido a Dios. ¿Por qué son tan escasas las parejas que llegan a esta cima de la ayuda mutua espiritual? ¿Es que dudan de que la exigencia del mandamiento nuevo llegue hasta ese punto?

EN POCAS PALABRAS

El padre Caffarel se pregunta cómo vamos a amarnos entre nosotros con el amor que Cristo nos tiene, pues estamos llamados a este amor tan exigente y, dado que es imposible amar como Cristo a todos nuestros hermanos, debemos esforzarnos en nuestro entorno más inmediato, comenzando por nuestro cónyuge. Para ello nos propone partir de tres aspectos fundamentales en el amor conyugal: conocer al otro y darse a conocer (capítulo 6), cuidar y dejarse cuidar (cap. 6), dar y recibir (cap. 7).

Conocerse: No se trataría sólo de un conocimiento superficial, siendo este importante (belleza, atractivo, admiración...), sino de estar atentos al yo profundo, pues el fundamento del verdadero amor conyugal es el descubrimiento de una persona en lo que tiene de original y único. Para ello es esencial despertar nuestra sensibilidad permanentemente a lo que describimos en el capítulo 1: Despertar la mirada de amor.

Para ello debemos dar la oportunidad al otro de conocernos en nuestra intimidad con Dios, como Jesús dejaba que vieran cómo se unía al Padre en oración. La oración conyugal es nuestra herramienta para profundizar en este conocimiento más profundo.

Cuidarse: Todos hemos experimentado en algún momento de nuestra relación el deseo de ayudar al otro, de llevarlo a lo máximo de su potencial. La búsqueda del bien del otro es el alma de todo amor verdadero. Y esto es difícil porque a veces puede hacer sufrir al ser amado. Y hay que aceptarlo. El padre Caffarel va más allá del cuidado del otro en lo cotidiano y busca un cuidado y progreso en lo espiritual. Y para ello nos propone reconocer y manifestar a nuestra pareja nuestra necesidad profunda de ella. Esto puede ser una poderosa herramienta que estimulará su amor y su generosidad.

LA SENTADA

Pistas para la sentada

No sabemos apreciar a aquel o a aquella que tenemos tan cerca. No tenemos suficiente perspectiva. No nos damos cuenta de que aunque compartimos la vida real, las personas pueden guardar también

| ***El amor es mucho más que el amor***

escondidos sueños paralelos. No se puede estar nunca totalmente seguro del corazón del otro, ese corazón que no podemos ni poseer ni conocer totalmente a menos que el otro tenga a bien desvelarlo.

Nos vemos en ese momento de la vida en que todavía somos jóvenes pero no tanto y comenzamos a pensar en el tiempo que queda por delante. Es entonces cuando pueden aparecer esos si insidiosos; “Y si me hubiera casado con aquel primer amor que no he olvidado totalmente”, “y si vuelvo a ver otra vez a esa persona que parece comprenderme tan bien”.... Todos estos “si” nos sitúan ante encrucijadas que nos hacen dudar. Y hay que elegir de nuevo. Podemos incluso dudar del lazo asumido en nuestro matrimonio justificándonos al pensar que éramos demasiado jóvenes. Cuando al contrario, hay que revivir el recuerdo de aquella certeza que la generosidad de la juventud volvía incuestionable y permanecer fieles a ella, más allá de nuestros límites, más allá de los cambios de la vida.

Propuesta de preguntas para la sentada

1- El ágape conyugal, el amor y el ágape.

Se trata de amar con el mismo amor de Cristo, de amar con ese impulso de amor desinteresado, totalmente orientado hacia la felicidad de nuestro cónyuge.

«¿Amaos los unos a los otros como yo os he amado!» ¿Qué vais a hacer, marido y mujer, para responder a esta exigencia de Cristo, para adquirir y acrecentar este amor, este ágape conyugal?

2- Conocerse y hacerse conocer.

¿Nos miramos cada día con una mirada nueva? ¿Nos maravillamos cada día del encanto del rostro, de las cualidades morales pero sobre todo del yo profundo de nuestro cónyuge?

¿Estamos cada uno lo suficientemente abiertos al otro para revelar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestro yo íntimo? ¿Podemos darnos ejemplos concretos de lo que hemos compartido y si lo consideramos de lo que nos hemos guardado y que habríamos podido decir (a veces hay que elegir el momento para decir ciertas cosas...)?

3- «Pero el ágape exige más: que permitáis a vuestro cónyuge introducirse en vuestra intimidad con Dios...»

¿Cómo compartimos nuestra intimidad con Dios? ¿Cómo vivimos la ayuda espiritual mutua? ¿Cuáles son los gestos, las acciones concretas que ponemos en marcha para ayudar al otro a progresar en su fe? ¿Hemos considerado recurrir a un acompañante espiritual personal – cada uno el suyo? ¿qué nos impide hacerlo? En caso de tenerlo, ¿cómo influye positivamente en la calidad de nuestro amor conyugal? Demos gracias.

4- Hacerse cargo y dejarse hacer cargo.

Consiste en hacerse cargo del pleno desarrollo de nuestro cónyuge. «Haceros cargo mutuamente, constituiros responsables del desarrollo uno del otro, implica a su vez que cada uno acepte reconocer que necesita del otro.»

¿Qué nos gustaría intercambiar sobre esta afirmación del Padre Caffarel? ¿Nos confiamos suficientemente a nuestro cónyuge? ¿Qué podríamos compartir más para amar con un amor aún más conforme a aquel con el que Dios nos ama?

5- Dios nos ha hecho un regalo magnífico al darnos a nuestro cónyuge para amarle. Amar como Cristo nos lo pide es querer la felicidad del otro es beber este amor en el corazón mismo de Dios.

Intercambemos nuestra opinión sobre esta exigencia del amor? ¿Cómo la vivimos? «Toda la cuestión entonces es saber si anteponéis su bien antes que el vuestro, o vuestro bien antes que el suyo.» ¿Cuáles son los momentos en que no lo conseguimos? ¿Conocemos la causa? ¿Cómo podríamos remediarlo? ¿Sabemos, a pesar de las dificultades guardar tiempo para nosotros, cultivar nuestro jardín secreto?

Querer la felicidad del otro exige a veces decirse ciertas cosas, y puede llevar a desacuerdos que permitan amar mejor después? ¿Cómo lo conseguimos?

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios,

Carta de San Pablo a los Romanos, Rm, 12, 9-21

Que vuestro amor no sea fingido; aborreciendo lo malo, apegaos a lo bueno. Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que a sí mismo; en la actividad, no seáis negligentes; en el espíritu, manteneos fervorosos, sirviendo constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros, sin pretensiones de grandeza, sino poniéndoos al nivel de la gente humilde. No os tengáis por sabios. A nadie devolváis mal por mal. Procurad lo bueno ante toda la gente; En la medida de lo posible y en lo que dependa de vosotros, manteneos en paz con todo el mundo. No os toméis la venganza por vuestra cuenta, queridos; dejad más bien lugar a la justicia, pues está escrito: ***Mía es la venganza, yo daré lo merecido***, dice el Señor. Por el contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: actuando así amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien.

Propuesta de preguntas para compartir en la reunión de equipo

1. ¿Qué hemos descubierto al leer estos textos del Padre Caffarel? ¿Qué deseamos compartir de nuestra sentada?
2. ¿En qué medida el equipo nos estimula para amar con un amor siempre más entregado al cónyuge y a Dios?
3. ¿Compartimos fácilmente con nuestro cónyuge sobre nuestra relación con Dios, nuestra vida espiritual? ¿Cómo lo hacemos? ¿Esta ayuda espiritual en qué mejora la calidad de nuestro amor conyugal?

4. Para vivir este nivel de ágape, necesitamos la ayuda de nuestro Señor. Debemos atrevernos a pedirle su ayuda. ¿Ha sido la oración un punto concreto de esfuerzo que poco a poco ha podido ser implementado en nuestro día a día? ¿Nos resulta difícil? ¿Cómo nos ayudamos mutuamente? ¿Cómo nos ayuda el equipo?

Hagámonos las mismas preguntas acerca de nuestra oración conyugal, que puede ser el lugar donde confiamos nuestro amor al Señor, nuestras alegrías y dificultades para amar como Él nos ama..

Capítulo 7: La comunión conyugal

Dar y recibir

A esa persona a la que amáis, le deseáis apasionadamente que consiga toda la perfección posible, que viva una vida cada vez más intensa. Pero mientras os limitéis a no compartir con ella más que vuestros bienes materiales y morales, le faltará aquello que necesita más, es decir del don de vosotros mismos. Él o ella podría deciros: “No son tus bienes, no son tus servicios, es a ti a quien quiero y no solamente algo de ti”. Amar es mucho más que dar, es darse, desposeerse para provecho del otro, renunciar a disponer de uno mismo, tolerar con alegría la dependencia. Quien dice amor dice éxodo y éxtasis. Éxodo; dejar al padre y a la madre, la casa y los bienes y finalmente dejarse a sí mismo para alcanzar esa isla lejana que es el otro. Éxtasis; perderse de vista, salir fuera de uno mismo, presente al otro, entregado. “Amar, decía un joven scout, es acampar en el corazón de otro”.

¿Quiere eso decir que los humildes gestos de amor, las atenciones sencillas son superfluas y fútiles? Eso sería desconocer nuestra condición carnal y las leyes de la comunicación entre los seres humanos. Un ramo de violetas el día del aniversario, tiene un gran valor porque es el signo visible, para el que lo recibe, del don de sí profundo de aquel que lo ofrece. Es toda la vida conyugal la que debería, como el ramo de violetas, cargarse de significado. La vida compartida, las relaciones sexuales, los gestos de ternura, pierden todo su valor si se expresan sin alma, si no son signos de un don mutuo y profundo.

Pero estoy hablando como si cualquier comunicación, oral o corporal, entre los esposos tuviera solamente el valor de signo. No solamente tiene el poder de expresar el don de uno mismo, sino también el de renovarlo, profundizarlo. En amor, como en religión, los ritos, los signos, son necesarios porque son eficaces para actualizar y reactivar el fervor del alma.

Al más alto nivel amar es liberar el yo profundo, un yo recreado, enriquecido por el ágape, apto ya para amar “como” Cristo ama, hasta el sacrificio de uno mismo. Todavía más, es dejar paso libre en uno mismo al amor de Dios.

“¡Quiero aprender con Dios a no reservarme nada. A ser eso, eso bueno y entregado, que no se reserva nada y que lo da todo. Rodrigo toma mi corazón, toma mi amor, toma ese Dios que me llena La fuerza con la que te amo, no es diferente a aquella por la que tú existes. Estoy unida para siempre a ese algo que te da la vida eterna!”²¹

“Cada esposo debería poder decirle al otro, la frase de san Pablo: *“Yo te amo pero ya no soy yo el que te ama, es Cristo quien te ama en mí, él se te da a través de mí* (Ga 2,20).

De la misma manera que una pelota que se lanza contra un muro rebota hacia el que la ha tirado, el don vuelve al que lo lanza, si no es acogido. La reciprocidad del don exige la reciprocidad de la acogida. No saldré de mí mismo si no hay una persona que me reciba. La palabra acogida parece comportar un matiz de pasividad. Pero no hay que engañarse, la acogida, en el amor, es un comportamiento muy activo. La acogida es estar siempre dispuesto a recibir una confianza, un desahogo, un don, una prueba de amor, con respeto, inteligencia, gratitud. Es aceptar al otro, no como desearíamos que fuera, sino como es, con sus carencias y con sus cualidades, con su pecado y con su gracia. “He aprendido a quererte tal cómo eres. No necesitas ser otro para que te quiera”.

Pero comprendedme bien. No se trata de acoger la presencia del ser amado que está a nuestro lado, sino de acogerlo en lo más profundo de su ser espiritual. Por paradójico que parezca diría que la acogida debe preceder el don, en el sentido de que el otro debe sentirse siempre esperado y deseado. La acogida es sobre todo avidez, avidez de amor que no se puede confundir con una avidez egoísta. Una avidez que hace ver al ser amado que se tiene necesidad de él para ser dichoso, que él puede hacernos felices. No dejo de pensar que esta experiencia es indispensable, irremplazable, para despertar en el corazón del ser humano una de sus fibras más secretas.

Se dice del ágape que es puro don, rigurosamente desinteresado. Sí, en Dios, donde el ágape tiene su fuente, él es plenitud que se desborda. Por el contrario, en el Hijo, el amor es en primer lugar acogida del don del Padre y lo mismo ocurre con los hijos de Dios. Por lo tanto ver en el cónyuge un “sacramento vivo” de Dios, esperar de él ávidamente un don de Dios y acogerlo con ansia, es una actitud espiritual fundamental que proviene del ágape.

²¹ Paul CLAUDEL, *Le Soulier de Satin*, en *Théâtre II*, La Pléiade, Gallimard, 1965, p. 858

Supremacía del ágape

¿Me vais a reprochar el haber dado demasiada importancia a la psicología para explicar el amor conyugal? No creo que lo merezca, pues estoy totalmente convencido de que, si se deja actuar al amor humano, honestamente, cotidianamente, perseverantemente, los esposos permitirán que el ágape haga su aparición y que crezca en todo su ser y en toda su vida, para hacer de ella una ofrenda agradable a Dios. ¿No coincide eso con la más auténtica enseñanza sobre el matrimonio cristiano? La gracia propia del sacramento del matrimonio, utiliza, para comunicarse, todas las actividades de la vida conyugal. Me parece sospechoso que bajo el pretexto de lo sobrenatural se comience por no dar importancia a las exigentes leyes del amor humano. (...)

Si ya es verdad que el amor humano permite la unidad de la vida, el ágape lo hace aún más. Puesto que es amor de Dios, regula, ordena, unifica inclinaciones, aspiraciones, voluntades, virtudes de la pareja, todas su variadas actividades, familiares, profesionales, sociales, religiosas y las orienta hacia el fin que le es propio; la gloria de Dios. En el terreno del amor mutuo, asume, integra, unifica en un solo impulso todos los componentes del amor conyugal; atracción y deseo físico, gestos de ternura, y todos los variados sentimientos de entrega, estima, respeto, generosidad, gratitud, fidelidad... Y a todos comunica su impulso, no sin antes curarles, afinarles, elevarles, infundirles su pureza, su fervor, su santidad.

En esos dos hijos de Dios que se ejercitan en practicar el mandamiento nuevo, la vida conyugal conoce una admirable transfiguración. ¡Y pensar que algunos matrimonios temen por la integridad de su amor conyugal si interviene el ágape!

He aquí esbozado el ideal al que tienden los esposos cristianos bajo su impulso. Temo que una vez más algunos me acusen de ser un idealista impenitente. Pero ¿quieren los matrimonios cristianos comprender su unión a la luz de las enseñanzas de Cristo? ¿Quieren entrar a fondo en el juego de aquel que ha venido a hacer “nuevas todas las cosas”? ¿Tendrían suficiente los matrimonios cristianos con unas nociones de psicología conyugal más o menos condimentadas con algo de moral cristiana? Yo no me niego a eso. Nada me parece más grave que las medias verdades que tranquilizan la conciencia y evitan todo esfuerzo espiritual. Si la consideración del ideal desanima a algunos ¿no será

porque temen ser juzgados por él?. Del mismo modo que a mí como sacerdote, me juzga la santidad del cura de Ars. Pero si uno afronta ese juicio y lo asimila desde la verdad, el ideal se convierte entonces en fuerza de atracción.

La comunión conyugal

Ya hemos visto que el amor conyugal aspira a la reciprocidad, pero esta reciprocidad en el conocimiento, en el cuidado, en el don, no es el fin último hacia el que tiende el dinamismo del amor. Más allá de los intercambios, de la puesta en común, del compartir el don, está la comunión.

Recordad el esquema: relación, amor, comunión. A todos los niveles el amor conyugal reclama la comunión; tanto en el plano carnal como en el sentimental, tanto en el plano intelectual, como en el moral. Muchos malinterpretan la naturaleza de la comunión. Ven en ella una pasividad, una saciedad del deseo, el amor que se sosiega después de la posesión recíproca, la adhesión a un ideal compartido. Se trata de algo totalmente opuesto; es una actividad común, una vida ardiente.

Comunión de los santos

El ágape conyugal tiende a su propia comunión, mucho más íntima, más fuerte y más rica que cualquier otra. Une a los esposos al nivel de su yo cristiano, les hace ser “un solo corazón y una sola alma”, como se decía de los primeros discípulos (Hch 4,32). Lejos de ser pasividad, esta comunión es una actividad intensa, común, una sinergia, la participación a dos en el mismo acto vital de conocimiento y de amor de Dios, bajo el impulso del Espíritu Santo que habita en los esposos: la promesa de San Juan se hace realidad en ellos: ***“Aquel que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios habita en él....y en esto reconocemos que estamos con él y él con nosotros, en que nos ha hecho participar de su Espíritu”*** (1 Jn 4, 15-13). ***“Recibisteis un Espíritu que os hace hijos y os permite gritar Abba, Padre!”*** (Rom 8, 15-16).

Una comunión así no aparece de repente, como un milagro. Se construye poco a poco bajo la acción multiforme del ágape conyugal, que la convertirá en una obra maestra. Si es verdad que todo progreso en el amor conyugal refuerza la comunión, también se la debe buscar directamente. Hay muchas maneras de trabajarla; buscar marido y

mujer juntos el conocimiento de Dios por la lectura y la meditación de su Palabra, por la puesta en común de los pensamientos y de los sentimientos religiosos, darse juntos a las obras del Señor; la educación de los hijos, la acogida a otros, el servicio a la Iglesia; es también y antes que nada adorar y alabar a Dios, darle gracias y amarle juntos.

Entonces quizá los esposos, después de haber sido por largo tiempo ***“fieles a la comunión fraternal”*** (Hch, 2,42), puedan tener una experiencia maravillosa: la de tomar conciencia que el mismo Espíritu Santo suscita en los dos la misma luz, el mismo amor, la misma oración, la misma alegría. El versículo de san Juan, de repente, es como una revelación: ***“Sabemos, experimentamos, que hemos pasado de la muerte a la vida, porque nos amamos los unos a los otros”***. Porque se aman el uno al otro, la Vida ha brotado entre los dos y en cada uno de ellos.

Santo Tomas para hablar de esta comunión que realiza el ágape utiliza expresiones admirables: “es una puesta en común de los bienes de la vida eterna”, “una participación común en la dicha de Dios”.

Para definir esta comunión los autores sagrados recurren al término ***koinônía***, que no es otra cosa que la comunión de los santos, en la cual profesáis creer cuando recitáis el credo y que tantos cristianos asimilan a una cierta “caja de compensación” de méritos, cuando se trata de esta prodigiosa realidad de la unión de los corazones y de las almas, que es la gran comunión espiritual que forman juntos todos los hijos de Dios.

Pero esta comunión no es solo espiritual e invisible, se sitúa también en el espacio y en el tiempo, está “encarnada” y para designarla bajo este aspecto, se recurre a otra palabra griega, ***ecclesia***, iglesia. Designa la misma realidad que el término ***koinônía***, pero mientras que este pone el acento en el aspecto interior e invisible, el segundo subraya más el aspecto exterior e institucional. Los dos términos merecen ser tenidos en cuenta cuando se habla del hogar fundado por y sobre el sacramento del matrimonio. Éste es, por una parte, una comunidad espiritual animada por el ágape, una ***koinônía***, una comunidad de los santos reducida; pero también es una ***ecclesia***, doméstica, una pequeña iglesia, una célula visible de la Iglesia, donde se actualiza y se vive el misterio de la gran Iglesia y esto, tanto más perfectamente

cuanto más vivo sea el ágape. Estas dos nociones de koinônía y ecclesia son como dos ventanas abiertas sobre la profundidad del misterio del matrimonio cristiano.

EN POCAS PALABRAS

El padre Caffarel continua en este capítulo desarrollando su discurso sobre los tres aspectos fundamentales del amor conyugal. Tras haber hablado en el capítulo 6 sobre conocerse y cuidarse, aquí nos hablará sobre dar y recibir. Y probablemente sea en este capítulo donde más se manifieste el carácter exigente del padre Caffarel, pues este concepto de la comunión conyugal se basa en el ideal de amor que Cristo tiene por cada uno de nosotros como objetivo de nuestro amor conyugal. Ni más ni menos.

Porque amar es mucho más que darse el uno al otro. Amar (a este nivel) es liberar mi yo profundo, perfeccionado por el amor espiritual (ágape), para poder llegar a amar como Cristo nos ama, hasta el sacrificio personal. Es dejar paso en nuestro interior al amor de Dios. Este ambicioso objetivo lo podemos leer en la carta a los gálatas: ***“Yo te amo, pero ya no soy yo el que te ama, es Cristo quien te ama en mí, Él se te da a través de mí.”*** (Ga 2, 20)

Y todo comienza por darse el uno al otro. Y acogernos el uno al otro. Acoger es aceptar al otro, no como desearíamos que fuera, sino como es, con sus carencias y con sus cualidades. Y el don que hacemos al otro debe ser un don sin reservas y sin contrapartidas. En el ágape encontramos esta característica del amor de Dios desbordante e infinito. Y este debería ser nuestro ideal de amor. Es duro y exigente, sin duda, pero es un ideal hermoso y atractivo y por ello debería ser también motivador para el matrimonio.

El fin último del amor conyugal no estará tanto en una reciprocidad del don o la acogida, sino en la comunión en todos los campos. Y debemos entender esta comunión como una actividad común, una vida común inspirada por el Espíritu y que trasciende lo terreno, acercándose a lo divino, tal y como se entiende la comunión de los santos.

LA SENTADA

Pistas para la sentada

Finalmente hemos podido reconocer que ese deseo de absoluto que habitaba el amor de cada uno de los dos y que nunca quedaba satisfecho era una llamada a buscar a Dios los dos juntos. Descubrimos también que esa comunión íntima y profunda no aleja a la pareja de los otros sino que les abre sobre el mundo, que ese don de la comunión no es solamente una alianza de los dos con Cristo sino que les empuja hacia todos aquellos que les rodean y que esperan de ellos un signo visible, el sacramento de otro Amor que, sin ellos, no sabrían reconocer.

Propuesta de preguntas para la sentada

1. Dar y recibir.

Esto sin duda requiere un tiempo durante el cual el Señor nos irá trabajando. ¿Cómo ponemos esto en práctica cotidianamente en nuestra vida conyugal? ¿Qué obstáculos encontramos? Al mismo tiempo que nos damos a nuestro cónyuge o le acogemos, ¿le damos a Dios a nuestro cónyuge? ¿Acogemos al Señor por medio de nuestro cónyuge? ¿De qué manera?

2. Los gestos de amor constituyen un signo visible de nuestro amor por el cónyuge. ¿Cuáles son nuestros gestos de amor, esos ritos que creamos entre nosotros y que tienen el poder de expresar el don de nosotros mismos? ¿Los tenemos olvidados? ¿Cómo renovarlos? Cómo estos gestos y ritos nos acercan a Dios y acercan a nuestro cónyuge a Dios

3. Supremacía del ágape.

Según el Padre Caffarel, el ágape «regula, ordena, unifica inclinaciones, aspiraciones, voluntades, virtudes de los cónyuges, todas sus actividades variadas, familiares, profesionales, sociales, religiosas, y las orienta hacia su propio fin: la gloria del Señor». El ágape comunica también al amor humano su impulso, su fervor, su sed de santidad mientras lo sana. ¿En qué circunstancias hemos sido llevados a constatar esto? ¿Cómo podemos perseverar en la implementación de un amor cada vez más ágape, es decir, cada vez más conforme al amor de Dios?

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios

Primera Carta de San Juan, 1Jn, 3, 18-24

Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestro corazón ante él, en caso de que nos condene nuestro corazón, pues Dios es mayor que nuestro corazón y lo conoce todo. Queridos, si el corazón no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios. Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Propuesta de preguntas para compartir en la reunión de equipo

1. Intercambiamos nuestra impresiones sobre nuestra comprensión del amor ágape y sobre la manera en que lo vivimos, o nos esforzamos por vivirlo, día tras día, progresivamente.
2. La comunión conyugal y la comunión de los santos. ¿En qué circunstancias hemos experimentado ser «un solo corazón y una sola alma»? ¿Qué puede ayudarnos, personalmente y como pareja, a aumentar nuestro conocimiento y nuestro amor a Dios? ¿Somos conscientes de que la participación conjunta en las obras del Señor²² aumenta nuestro amor mutuo y a Dios? Demos ejemplos. ¿Estas actitudes nos han hecho tomar conciencia de que «el mismo Espíritu Santo suscita en nosotros la misma luz, el mismo amor, la misma oración, la misma alegría»? ¿Cómo estamos viviendo la comunión entre nosotros en los distintos niveles de nuestra vida?
3. ¿Qué nos inspira la perspectiva del matrimonio cristiano dada por el Padre Caffarel, es decir, a la vez comunión de los santos, comunidad espiritual animada por el ágape e Iglesia doméstica, donde se actualiza y se vive el misterio de la gran Iglesia?

²² Obras del Señor: la educación de los hijos, la acogida de los otros, el servicio de la Iglesia;”

Capítulo 8: El testimonio de la vida de pareja

Imagino que estaréis de acuerdo conmigo en reconocer que ese desafío lanzado a los cristianos por el ateísmo, exige con urgencia una respuesta; la de nuestro testimonio. Por poco que se conozca y se ame a Dios ¿cómo no considerar intolerable que se desfigure y se desprecie así su verdadero rostro? Por poco que uno ame a sus hermanos ¿cómo soportar que ignorando al verdadero Dios se hundan en la angustia, en la inquietud, en el absurdo? Y por poco que se tenga el sentimiento de la solidaridad humana, ¿cómo no sentirse responsables de la traición a Dios que cometen los cristianos?

Revelar hoy el verdadero rostro de Dios a las personas de nuestra época compete a toda la iglesia. Es, en cierto sentido y muy especialmente, una tarea de los matrimonios.

Adivino vuestra reacción: “esa misión es grande, demasiado grande, no tenemos ni tiempo ni capacidad” Y si yo os respondiese... sois especialmente adecuados para cumplir esta misión, precisamente porque sois pareja. Tenéis un carisma propio. Además para ser esos testigos que el mundo espera, no hay necesidad de que dejéis vuestras tareas familiares o profesionales; no necesitáis marchar a una lejana cruzada.

Voy a explicarme; sin duda el ateísmo espera un testimonio esencial de vuestro amor conyugal y de vuestro matrimonio.

Os hablaré en primer lugar de vuestra vida de pareja y después del testimonio de la palabra.

El testimonio de la vida de pareja

Permitidme expresar el pensamiento de Dios sobre la pareja al estilo de Péguy, un escritor francés demasiado olvidado hoy día:

“Dijo Dios, pareja cristiana, eres mi orgullo y mi esperanza. Cuando creé el cielo y la tierra y en el firmamento las grandes luminarias, vi en mis criaturas vestigios de mis perfecciones y encontré que era bueno.

Cuando hube recubierto la tierra con su gran manto de campos y de bosques, vi que aquello era bueno.

| *El amor es mucho más que el amor*

Cuando hube creado los innumerables animales según su especie, contemplé en esos seres vivos y exuberantes, un reflejo de mi vida desbordante y encontré que todo era bueno.

De toda mi creación subía entonces un gran himno solemne y gozoso, celebrando mi gloria y mis perfecciones.

Y no obstante en ninguna parte veía lo que es la imagen de mi vida más secreta, más ferviente.

Entonces surgió en mí el deseo de revelar lo mejor de mí mismo y fue mi más bella invención.

Fue así que te creé, pareja humana, “a mi imagen y semejanza” y esta vez vi que era muy bueno.

En medio de este universo en el que cada criatura deletrea mi gloria, celebra mis perfecciones, finalmente había surgido el amor para revelar el Amor.

Pareja humana, mi criatura bien amada, mi testigo privilegiado ¿Comprendes por qué eres la más querida entre todas las criaturas? ¿Comprendes la esperanza inmensa que he puesto en ti?

Eres portadora de mi reputación, de mi gloria, eres para el universo la gran esperanza... porque tú eres el amor”

Observemos más de cerca vuestra misión de testigos de Dios. La primera manera de llevarla a cabo es viviendo siempre más perfectamente vuestro amor, haciendo que despliegue todas sus virtualidades, que se manifieste fiel, dichoso, fecundo. Es verdad que esto está por encima de vuestras posibilidades; el hombre y la mujer comprueban pronto que el mal se pone a la obra. Es absolutamente necesario recurrir a la gracia de Cristo, que salva a la pareja. Y al hacerlo, vuestra unión se convierte en testigo del Dios salvador y no únicamente del Dios creador. Vuestro hogar rendirá un testimonio a Dios de manera aún más explícita si es la unión de dos “buscadores de Dios”, según la admirable expresión de los salmos. Dos buscadores, cuya inteligencia y corazón están ansiosos por conocer, por encontrar a Dios. Dos apasionados de Dios impacientes por estar unidos a él. Para los que Dios

es la gran realidad, a los que Dios interesa más que ninguna otra cosa. En un hogar así, todo es vivido y concebido en función de Dios. (...)

Ese hogar será un lugar de culto; marido y mujer serán esos “adoradores en espíritu y en verdad” “como los quiere el Padre” (Jn 4,23). Los hijos se formarán para ser también adoradores. Ese impulso de adoración compartido, orientará los corazones y todas las tareas a lo largo de los días. El hogar cristiano es esa “pequeña Iglesia” de la que hablaba san Juan Crisóstomo, esa “célula de Iglesia” a la que se refería Pablo VI²³... Aunque todos los otros lugares de culto estuvieran cerrados, inutilizados, destruidos, como ocurre en ciertas regiones del mundo, la familia cristiana continuaría siendo la morada de Dios entre los hombres.

Y porque Dios mora en ella, es un lugar en que él actúa y continúa realizando esas *mirabilia*, esas grandes cosas de las que nos habla la Biblia. La existencia de un hogar cristiano es una “historia santa” porque es una historia conducida por Dios. Aquellos que vienen a pedirle hospitalidad, se den cuenta o no, encuentran que es Dios quien los acoge. “Donde hay amor y caridad, Dios está presente”.

Los visitantes descubren a ese Dios que actúa por múltiples indicios; la preocupación por la sencillez, la caridad, una costumbre adquirida que les hace subrayar el lado bueno de las personas y de las cosas, un juicio espontáneamente evangélico sobre los acontecimientos....una independencia en relación al mundo, a las modas intelectuales u otras.

No hay riesgo de que ese hogar sea como un ghetto en el que uno se encierra a salvo de las desgracias del mundo; por el contrario, en él se recuperan las fuerzas gracias al amor mutuo, la oración, el descanso, para volver a salir con un nuevo impulso hacia las grandes tareas humanas, como servidores del “Dios amigo de los hombres”. Así los esposos cristianos son en medio del mundo los testigos del Dios vivo. Quiero ofreceros como prueba esta reflexión de una científica atea a una amiga católica: “para ti Dios está vivo, como lo está tu marido o tus hijos. Mis argumentos contra Dios parecen ridículos ante ti...es como si intentara decirte que tu marido no existe”.

Me diréis que este retrato del hogar cristiano no da por resuelto el problema, porque no todos somos santos. En absoluto, yo no he hablado de santidad sino de búsqueda de Dios, de honor dado a Dios,

²³Pablo VI, Discurso a los Equipos de Nuestra Señora 1970

| ***El amor es mucho más que el amor***

de recurrir a Cristo Salvador para superar cotidianamente, en la vida conyugal y familiar, las tentaciones y los obstáculos. La penitencia, el humilde reconocimiento del propio pecado, de la frecuente infidelidad a Dios, da también testimonio de Dios, revela su santidad. Recuerdo la reflexión de un diplomático de América Latina, después de una corta estancia en un hogar de los Equipos. Marido y mujer no eran unos santos. Pero se trataba precisamente de esa clase de hogar penitente en búsqueda de Dios. “Ahora sé que si mi país, a imagen de esta pequeña comunidad familiar, reconociera sus faltas y pidiera perdón por ellas, conocería la paz que reina en la casa en la que he pasado estos días”.

Me gustaría saber comunicaros mi convicción de que un hogar de “buscadores de Dios”, en nuestro mundo que ya no cree en Dios, que no cree ya en el amor, es una “theofanía”, una manifestación de Dios, como lo fue para Moisés aquel zarzal del desierto que ardía sin consumirse.

Si vuestra vida y vuestro amor dan un testimonio del Dios que es Amor, entonces y solo entonces, debéis y podéis utilizar el testimonio de la palabra porque estará garantizada con vuestra vida.

El testimonio de la palabra

A menudo oigo decir, hablar de Dios... ¿no será traicionarle? Palabras, imágenes, conceptos son siempre inadecuados. ¡Y es verdad! Y los musulmanes tienen razón al enseñar que el centésimo nombre de Dios, su verdadero nombre (los otros noventa y nueve no son más que aproximaciones) es incognoscible e indecible. El obispo anglicano John Robinson escribía en la misma línea, no hace mucho tiempo: “Cuando hablamos de Dios todas nuestras palabras parecen vacías”: San Agustín pensaba lo mismo pero al mismo tiempo rectificaba. “¿Qué puede decir aquel que habla de ti? Y sin embargo, que la desgracia caiga sobre los que te silencian”. Doce siglos después, Bossuet, con su vigoroso sentido común, interpelaba a los que le escuchaban: “Si para hablar de Dios esperáis a haber encontrado palabras dignas de él, no lo haréis nunca”.²⁴

La cuestión que se nos plantea no es la de si hay que hablar de Dios, sino cómo hablar de Dios para no traicionarle. Para no traicionarle, en primer lugar ante vuestros hijos... Os voy a proponer una respuesta:

²⁴ Santo TOMAS DE AQUINO, en *Beati Trinitatis Proem*, Citado por Charles JOURNET, *Connaissance et inconnaissance de Dieu*, Ed. Saint Augustin, 1996, p. 46

nuestros Dios es, según la expresión bíblica “un Dios escondido”, imposible de conocer, pero se ha revelado en el hombre Jesús, que se dio a conocer como el amor. El amor por los hombres, sin duda, pero antes que eso, amor en su vida íntima, trinitaria, y ese Dios-Amor está presente en el corazón de sus criaturas.

Comento brevemente esta respuesta: Nuestro Dios es un Dios escondido, inescrutable. No se le puede reducir ni a imágenes ni a conceptos. Pero esta convicción lejos de apartar al creyente de él, por el contrario lo acerca, suscita su adoración. Yo lo he constatado más de una vez con niños pequeños. Un santo Tomás de Aquino dijo, con respecto a esto, unas extraordinarias palabras: “Al final de nuestro conocimiento, conocemos a Dios como desconocido; y es para nuestro espíritu una manera muy perfecta de penetrar en el conocimiento de Dios, precisamente en ese momento en el que reconocemos que la esencia divina está por encima de lo que la persona puede captar aquí abajo⁵”. Decir que Dios está por encima de todo lenguaje nos hace presentir su grandeza sin igual.

Sin embargo, Dios para darse a conocer, ha corrido el riesgo del lenguaje. De un lenguaje infinitamente más explícito y elocuente que cualquier otro: la encarnación de su Verbo. Para acercarse a nosotros sin herirnos, para familiarizarnos con él, nos ha revelado su gloria, pero tamizada por un rostro y una sonrisa de hombre; nos ha comunicado el fuego abrasador de su santidad, pero a través de un corazón de hombre.

En Jesucristo Dios revela su amor; ***“Dios ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su Hijo único”*** (Jn 3,16). La palabra amor es sin duda el concepto más certero para darnos a conocer lo que Él es en relación con nosotros; pero este término: amor, terriblemente envilecido, acaba por parecer ambiguo y es necesario tener mucho cuidado y precisar bien su sentido. ¿No es pues a vosotros, esposos, a quienes incumbe revelar por vuestra vida, de la manera menos imperfecta posible, lo que esa palabra significa? Estoy convencido de que, gracias al amor del hombre y de la mujer, la humanidad podría ir dando pasos hacia el misterio incognoscible.

Es pues a vosotros, marido y mujer, a los que corresponde, dejar

| ***El amor es mucho más que el amor***

entrever por vuestra unión, el misterio de Dios Trinitario. Nuestro Dios en efecto no es ese “triste e impasible” soltero del mundo del que hablaba Chateaubriand, sino un sol que calienta, una comunidad de tres personas que se aman. Comunidad que nos permite acceder a ella poco a poco, gracias a la oración en el silencio.

Finalmente, mientras no les hayamos enseñado a los hombres que nuestro Dios no es un Dios lejano sino totalmente cercano, presente en el corazón de cada criatura, no les habremos dicho lo que sin duda les importa más que nada. Por no saberlo san Agustín tardó en convertirse. Él confiesa:

“Tarde te amé, oh hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. ¡Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera! Así por fuera te buscaba, me lanzaba sobre las cosas por ti creadas. Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo”²⁵

Dios está dentro de nosotros, nos llama, nos espera. Está al trabajo para divinizarnos: ***“Mi padre y yo, obramos sin cesar”*** (Jn 5,17).

²⁵ SAN AGUSTIN, Confesiones, Libro X, 27, 38

EN POCAS PALABRAS

Revelar hoy el verdadero rostro de Dios a las personas de nuestra época es responsabilidad de toda la iglesia, pero muy especialmente puede ser una tarea de los esposos. Por desafiante que parezca, el padre Caffarel nos llama a difundir nuestro carisma propio siendo pareja que se ama. Porque no hace falta mucho más. La pareja humana que se ama podría considerarse la obra más perfecta de Dios. Por tanto, siendo sencillamente un hogar de “buscadores de Dios”, en un mundo que ya no cree en Dios ni en el amor, nos convertiremos en una teofanía, una manifestación de Dios, como lo fue para Moisés aquella zarza del desierto que ardía sin consumirse.

Si nuestra vida y nuestro amor dan a conocer el verdadero rostro de Dios, será el momento en que podamos utilizar la palabra para dar testimonio de Dios, pues estará respaldada con nuestra vida de esposos que se aman. Y esta será la mejor manera de no traicionar al Dios-Amor. Que nuestras palabras sean coherentes con nuestras vidas.

Por tanto, nos corresponde a los matrimonios dejar entrever por nuestra unión el misterio del Dios Trinitario, del Dios de una comunidad de tres personas que se aman. Y debemos hacerlo cuanto antes porque nuestra responsabilidad es grande. Así evitaremos el lamento de San Agustín respecto a la tardanza en su conversión:

Tarde te amé, oh hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. ¡Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera! Así por fuera te buscaba, me lanzaba sobre las cosas por ti creadas. Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo.

LA SENTADA

Pistas para la sentada

¿Cuál es esta fuente que procede del Padre Caffarel, o más bien que ha pasado a través de él, y que da a los Equipos de Nuestra Señora su carácter específico y su carisma? Es el vínculo íntimo entre

| *El amor es mucho más que el amor*

espiritualidad y misión, inspiración interior y compromiso efectivo en la Iglesia y en la sociedad: estos dos elementos no pueden separarse y forman la vocación común del movimiento.

En el nivel más profundo, existe esta convicción primordial: la vida espiritual no es un ámbito reservado a una élite de cristianos que harían de ella su privilegio y su especialidad. Está abierta a todos por el Espíritu Santo recibido en el bautismo: y para todos, hombres y mujeres casados, tiene también su fuente en el sacramento del matrimonio. No hay que buscar en otra parte métodos o caminos de santificación: el «sí» del compromiso conyugal es la fuente de una vida santa, de una vida de discípulos de Jesucristo, porque este «sí» ha entrado para siempre en la Santa Alianza de Dios por el sacramento del matrimonio, de modo que la misión de la pareja en la Iglesia y en la sociedad se enraíza en una existencia de hombres y mujeres que viven de esta Santa Alianza.

La pregunta que se plantea hoy a nuestro Movimiento, a cada Equipo y a cada uno de sus miembros es: ¿cómo podemos transmitir a todas las parejas cristianas los dones que hemos recibido a través de nuestra participación en este movimiento de espiritualidad conyugal? Las necesidades son ahora mayores que en cualquier otro período de la historia, y los trabajadores son pocos. Es fácil dejar esto a otros, pero cuando pensamos en todo lo que nuestra iniciación nos ha aportado personalmente, en el desarrollo de nuestra espiritualidad de matrimonio y en el apoyo recibido en nuestros hogares convertidos en iglesias domésticas, entonces comprendemos que tenemos una verdadera responsabilidad.

Propuestas de preguntas para la sentada

1. « El mundo ateo, sin sospecharlo, espera un testimonio esencial de vuestro amor conyugal y de vuestra familia.»

¿De qué manera somos los testigos que este mundo espera? ¿Para quiénes somos testigos privilegiados?

2. «Es vivir cada vez más perfectamente vuestro amor, hacer que despliegue todas sus virtualidades, que se manifieste, fiel, feliz, fecundo.»

Constatando que está más allá de nuestras solas fuerzas, ¿podemos testimoniar que solo Cristo Salvador puede aportarnos las gracias necesarias para el despliegue de un amor fiel, feliz y fecundo? ¿En qué circunstancias se nos ha manifestado y cómo podemos compartir esta experiencia tan beneficiosa para nuestra pareja?

«Querría haberos comunicado mi convicción de que un hogar de buscadores de Dios es en nuestro mundo que ya no cree en Dios, que ya no cree en el amor, una teofanía, una manifestación de Dios...» ¿En qué medida esta famosa frase del Padre Caffarel tiene para nosotros sentido?

3. Nuestro primer lugar de testimonio es nuestra familia: nuestros hijos, nuestros padres, nuestros hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas... ¿En qué gestos y palabras concretas perciben los demás ese testimonio de amor y vida?

4. ¿Qué hacéis para cuidar vuestra pareja? ¿Cómo pensáis transmitirlo a las parejas jóvenes con quienes os encontráis?

LA REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra de Dios

Evangelio según san Juan, Jn 3, 13-17

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

Propuestas de preguntas para compartir en la reunión de equipo

1. Hace más de 60 años, el Padre Caffarel ya señalaba la urgencia del testimonio de la pareja cristiana en un mundo dominado por el ateísmo. Con mayor razón hoy. ¿Estamos convencidos de ello? ¿Qué hemos hecho desde que nos casamos? ¿Qué hacemos hoy?
2. Hablemos de cómo nuestro amor conyugal puede dar testimonio de la presencia de un Dios trinitario. ¿Cómo puede nuestro amor conyugal reflejar el amor que circula entre las tres personas divinas? ¿Qué podemos hacer para que este amor (el Espíritu Santo) esté aún más presente en nuestra pareja, de modo que podamos dar mayor testimonio de sus beneficios? ¿Puede el equipo ayudarnos a hacerlo?
3. A lo largo de este año, algunas de las preguntas para la sentada o para la reunión se han referido a nuestro testimonio como pareja cristiana. Compartamos las formas y circunstancias en las que hemos podido dar testimonio, poner en palabras la belleza, y también la necesidad de un amor conyugal que se basa en la presencia viva de Cristo en nosotros y en nuestra pareja?

9. Balance

Este capítulo tiene una estructura diferente a la del resto de las reuniones de equipo que hemos tenido a lo largo de este curso; y su propósito es revisar el camino personal, de pareja y de equipo a la luz de lo vivido. Esta reunión balance se plantea como un tiempo de reflexión, todos juntos y bajo la mirada de Dios, sobre el año transcurrido. Es como una especie de Sentada del equipo, el momento de compartir y de ayudarnos en un clima de oración, de verdad y de comunión.

Lo importante es preparar esta reunión en pareja; juntos, al acabar el curso, hacemos balance de lo vivido, nos planteamos los puntos fuertes y débiles sobre los que se debería insistir en el curso próximo y nos preparamos para la elección de la nueva pareja responsable.

Proponemos como núcleo de este capítulo la lectura de unos párrafos del Padre Caffarel procedentes del libro *Amor, ¿tú quien eres?* que recogen algunas de las ideas que hemos ido trabajando a lo largo de este tema de estudio

“Que un hombre y una mujer aprendan a conquistarse el uno al otro. Que cada uno, cada día, ponga su voluntad en hacerse amar por el otro. Si lo hacen, todo cambiará para ellos. Cada uno tendrá la preocupación de “preparar su corazón” antes de cada encuentro. Sobre todo, cada uno tendrá necesidad del otro, algo que es tan importante en el amor. Pero hay necesidad y necesidad; la primera solo es avidez egoísta, la segunda es humildad del corazón. Esta última es la que tiene gran importancia en el amor. Cada uno descubre en el otro a ese ser único “que no podemos ver más que con el corazón” y de ese ser único se siente y se quiere responsable, pues somos responsables para siempre de la persona que un día nos convocó al amor”. (p. 26)

“El amor exige ponerlo todo en común, lo bueno y lo malo, llevar cada uno la carga del otro, vivirlo todo juntos. Cuando dos personas se quieren tienen que acogerse en su totalidad, sin tomar una parte y dejar la otra, tienen que darse el uno al otro, aceptarse el uno al otro tal como cada uno es. Y no por ello renunciar a ayudarse el uno al otro a convertirse en lo que uno debería ser.” (p. 39)

| ***El amor es mucho más que el amor***

“El amor es complicidad. El yo de cada uno está íntimamente ligado al yo del otro. Es mucho más que un pacto; es un lazo que une dos “yo”. Y ese lazo aporta a cada uno la seguridad de que aunque cambiara, no solo físicamente sino incluso moralmente, seguiría sin embargo siendo amado por su pareja, porque es amado no por tal o cual cualidad física o moral, no por tal o cual acción sino por lo que en él es único, eso que perdura a través de todos los cambios de la vida hasta la muerte. Un conocimiento de tal índole, que es la base del amor, no se consigue de una vez por todas; exige, para no desaparecer, una lucha y una conquista cotidiana” (p. 103)

Estar presente al ser que se ama es reconocer con la mirada su “yo” profundo. Es estarle intensamente atento. Y mediante esa atención hacerle ofrenda de uno mismo, de lo mejor de uno mismo. De tal manera que la persona amada tenga el sentimiento de sentirse protegida, cuidada, a salvo gracias a esta atención de amor. Saber que el otro se responsabiliza de su existencia temporal, pero sobre todo de su ser íntimo, de su destino espiritual. Entonces se saborea ese sentimiento que podríamos llamar de seguridad pero a condición de darle a esa palabra toda su densidad espiritual”. (p. 68)

LA SENTADA

1. Dedicamos un tiempo a hacer una relectura de la vida de equipo durante este año. De qué forma ha cambiado la manera de darnos a nuestro cónyuge, en las actividades cotidianas, en los momentos de intimidad, en la vida espiritual; ¿Cómo podemos darnos ahora a los demás? ¿Y a Dios ?
2. Pongamos en común qué nos sugieren estos últimos textos del Padre Caffarel sobre nuestro amor conyugal.
3. ¿Contando con una profunda comunión con nuestro cónyuge, ¿cómo podemos fortalecernos para emprender nuestros compromisos familiares, sociales, profesionales, eclesiales, nuestra vida allá donde nos encontramos ?

REUNIÓN DE EQUIPO

Lectura de la Palabra

Eclesiastés 4, 9-12

Más vale ser dos que uno, pues sacan más provecho de su esfuerzo. Si uno cae, el otro lo levanta; pero ¡pobre del que cae estando solo, sin que otro pueda levantarlo! Lo mismo si dos duermen juntos: se calientan; pero si uno está solo, ¿cómo podrá calentarse? Si a uno solo pueden vencerle, dos juntos resistirán. «Una cuerda de tres cabos no es fácil de romper».

Intentemos presentar en un clima de oración lo que ha significado para cada uno de nosotros, de nuestro matrimonio, familia y equipo este itinerario sobre el amor conyugal

La elección de la pareja responsable del próximo curso se podría realizar también en este clima de oración

- La pareja responsable de este curso puede comentar cómo ha vivido su responsabilidad.
- El equipo puede comentar si espera alguna “animación” particular de la nueva pareja responsable.
- Elección de la nueva pareja responsable

Podemos acabar rezando todos juntos:

“Señor, estamos reunidos en tu nombre. Estamos junto a la persona a la que nos hemos unido por el sacramento del matrimonio. Estamos junto a los matrimonios y consiliario de nuestro equipo para estar atentos unos a otros y llevarlos también en nuestra oración. Señor danos la gracia de reconocer lo que es esencial para nuestra vida de fe y abre nuestros corazones e inteligencia para que nuestro equipo sea cada día más una comunidad fraterna a tu servicio”. Amén.

Preguntas para la reunión de equipo

¿Cómo hemos vivido este curso los Puntos concretos de esfuerzo, en especial la Sentada?

¿Cómo ha sido la Participación en la reunión de equipo?

¿Cómo nos hemos escuchado, respetado, apoyado, animado a lo largo del curso unos a otros? ¿Hemos podido compartir todos?

¿Hemos sido capaces de comunicarnos sinceramente, “en verdad”?

¿En qué nos ha ayudado el tema a crecer en nuestra vida conyugal?

¿Cuáles han sido los aspectos más enriquecedores para nuestra momento vida en pareja?

De todo lo vivido este año:

- ¿Qué deberíamos seguir haciendo igual?
- ¿Qué deberíamos cambiar?

Anexos

Magnificat

*Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu
en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su
esclava.*

*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el
Poderoso ha hecho obras grandes por mí. Su nombre es Santo y
su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.*

*Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de
corazón. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los
humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos
despide vacíos.*

*Auxilia a Israel su siervo, acordándose de su santa alianza
según lo había prometido a nuestros padres en favor de
Abrahán y su descendencia por siempre.*

*Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en
principio ahora y siempre por los siglos de los siglos.*

Amen.

| *El amor es mucho más que el amor*

Oración por la canonización del Padre Caffarel

*Dios, Padre nuestro,
pusiste en el corazón de tu siervo Henri Caffarel,
un impulso de amor que le unía sin reserva a tu Hijo
y le inspiraba para hablar de Él.
Profeta de nuestro tiempo,
enseñó la dignidad y la bondad de la vocación de cada uno
según la llamada que Jesús nos dirige a todos: “Ven y sígueme”.
Él despertó el entusiasmo de los cónyuges
ante la grandeza del sacramento del matrimonio,
imagen del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la
Iglesia.
Enseñó que sacerdotes y matrimonios
están llamados a vivir la vocación del amor.
Guió a las viudas: ¡El amor es más fuerte que la muerte!
Impulsado por el Espíritu
dirigió a muchos creyentes por el camino de la oración.
Poseído por un fuego devorador, estuvo lleno de Ti, Señor.
Dios, Padre nuestro,
por la intercesión de nuestra Señora
te pedimos que aceleres el día
en que la Iglesia proclame la santidad de su vida,
para que todos descubran la alegría de seguir a tu Hijo,
cada cual según la vocación del Espíritu.
Dios Padre nuestro, invocamos al padre Caffarel para ...
(precisar la gracia a pedir)*



Equipos de Nuestra Señora
Equipo Responsable Internacional
Documento reservado para el uso interno
de los Equipos de Nuestra Señora
Equipos de Nuestra Señora
Super Región Hispanoamérica Norte
Web enshnorte.org
enshnorte@gmail.com
Maquetación/Diagramación
Emanuel Reyes G.
Impreso en México